

3 1761 08695438 5

419
Ygoc

CERVANTES Y SEVILLA

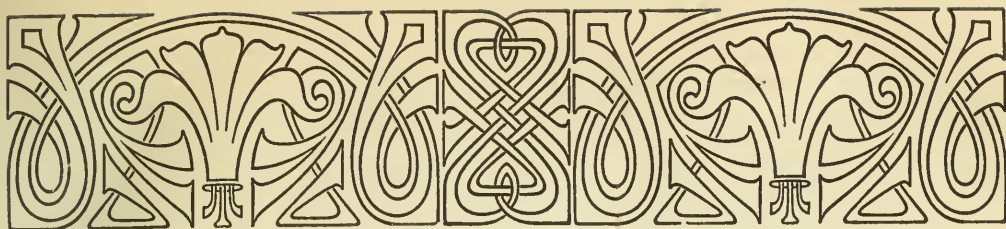
POR

NORBERTO GONZÁLEZ AURIOLES

146573
261718.



Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto



CERVANTES Y SEVILLA

LEMA: "OPUS AMORIS"

I

Primera estancia de Cervantes en Sevilla.—¿Estudió en dicha ciudad?—Diversos pareceres sobre este punto tan importante.—Dónde vió representar a Lope de Rueda.—Supuesta estancia de Cervantes en Sevilla en 1606.



O mucho después de haber nacido en la Gran Cómpluto, Rodrigo de Cervantes (1550), hermano de Miguel, su padre, que también Rodrigo se llamaba, trasladó su residencia a Valladolid, llevando consigo, no sólo a su mujer e hijos, sino a su hermana D.^a María y a su madre D.^a Leonor de Torreblanca. Ya motivara este traslado el propósito de ejercer su profesión de médico-cirujano, ya obedeciera a otras causas que no es fácil inquirir, lo cierto es que, a petición de Gregorio Romano y de Pero García, a quienes era deudor de 44.000 y pico de maravedís, se dictó contra él mandamiento de prisión, ingresando en la cárcel pública en el mes de Julio de 1552 (1). Era legal y corriente, por aquel entonces, la prisión por deudas, pero debió sentirla el mísero galeno en mayor grado que otros, porque, amén la pérdida de la libertad, tenía que sufrir la humillación de pasar por *pechero*, toda vez que, entre los privilegios de la hidalguía, uno de ellos era el de no poder ser presos por aquel motivo.

No se resignó, sin embargo, con aquella situación equívoca el infeliz deudor, y, como era en realidad de familia hidalga, bien que no tuviera ganada la correspondiente ejecutoria, presentó un escrito pidiendo que se revocara el mandamiento de prisión «por ser hombre hijodalgo notorio de padre y abuelo de solar conocido, de bengar quinientos sueldos.... y de no pechar ni contribuir en pechos ni derramas reales ni concejiles....» Practicáronse al efecto tres informaciones: una en Valladolid, otra en Madrid y otra en Alcalá de Henares, y como en todas ellas declararon numerosos testigos que, tanto él como su padre, el licenciado Juan de Cervantes, y su abuelo el Bachiller Rodrigo de Cervantes, eran tenidos y reputados por hijosdalgos en Sevilla, Córdoba y Guadalajara, donde habían morado de sesenta años atrás, fué atendida su petición y alcanzó la libertad en Enero de 1553. Su situación, empero, no debía de ser muy bonancible, y ya fuera por huir de sus acreedores, o bien convencido de que la prisión, aun sin ser afrentosa, no era el mejor reclamo para granjearse como médico una regular clientela, ello es que al año siguiente, o, a lo sumo, en 1556, nacida ya su hija Magdalena, y acaso Juan, el más pequeño de los hermanos, ausentóse de la antigua Pincia y dirigió el vuelo a la pródiga región andaluza, donde vivían sus más próximos parientes.

Establecióse primero en Córdoba, según sostienen, con muy buenas razones, los más autorizados cervantistas, en cuya noble ciudad residía la ilustre familia de los Torreblanca, y donde su padre, a más de ejercer la abogacía, era letrado de la ciudad desde 1551 (2). Cuánto tiempo residió en la histórica ciudad de los Califas, no es posible precisarlo. Es verosímil, sin embargo, dada la escasez de sus recursos, que viviera al lado del padre hasta su fallecimiento, ocurrido en Marzo de 1556 (3), si ya el cariño maternal y otras consideraciones de profesión o de intereses no le retuvieron en Córdoba, donde, siete años después, seguía domiciliada, en la collación de Santa María, su madre, D.^a Leonor de Torreblanca (4).

De cualquier manera que sea, lo que puede afirmarse con absoluta certeza es que en 1564 estaba avecindado en Sevilla, con su mujer y sus hijos, en la collación de San Miguel, extremo comprobado por tres importantes documentos que encontró el ilustre académico de la Española, D. Francisco Rodríguez Marín, en el Archivo de Protocolos de dicha ciudad (5). Consta por el primero de ellos que

en 30 de Octubre de dicho año, «Rodrigo de Cervantes, médico-zurujano, vecino de esta ciudad de Sevilla, en la collacion de San Miguel, recibe de Juan Mateo Urueña mercader, ciento treinta y dos maravedis en menudos.... por el pleito ejecutivo que contra vos e seguido sobre la renta de tres meses de unas casas que de mi teneis a renta....» Esta escritura, en la cual se cita como testigo de conocimiento a su hermano, Andrés de Cervantes, el mismo que en 1533 vivía con su padre en Alcalá de Henares (6), permite inferir con algún fundamento que Rodrigo y su familia llevaban un año de residencia, por lo menos, en la hermosa capital andaluza.

El segundo documento es un poder otorgado el mismo día a su mujer, D.^a Leonor de Cortina, y a su sobrino, Juan de Cervantes, «....para que por mi y en mi nombre.... pueda pedir e cobrar e recibir de todas e cualesquier personas.... todos los maravedis.... que me deven e devieren de aqui adelante en esta dicha ciudad de Sevilla y en otras partes por obligaciones, albalaes.... etc.» (7). Es de advertir que en este documento comparece también como testigo su hermano Andrés, siendo muy probable que la necesidad de ausentarse de Sevilla, durante un plazo más o menos largo, fuera la causa de otorgar un tan amplio poder. Confirma esta presunción, a juicio mío, el tercer documento, pues de él resulta que, con fecha 6 de Marzo de 1565, «ante el muy noble señor Alonso de Torres, Alcalde Ordinario de esta ciudad de Sevilla.... pareció D.^a Andrea de Cervantes, hija que dixo que es de Rodrigo de Cervantes de edad que dixo ser de dies e siete años poco mas o menos (había nacido, sin embargo, en 1544) e ansy lo pareció por su aspecto y dixo que en cierto pleito que antel dicho Sr. Alcalde trata y sigue contra el dicho supadre Francisco de Chaves, sobre ciertas causas e razones, ella quiere entrar como tercera opositora a los bienes embargados o secrestados por el dicho su padre, que a ella le pertenecen por ciertos derechos y acciones; e por ser menor de la dicha edad de veinte e cinco años tiene necesidad de ser proveida de un curador *ad litem* e nombro por tal a Alonso de Esquivel....» (8).

Dedúcese, pues, de este extraño documento en el cual no expresa D.^a Andrea su domicilio, ni comparece como testigo persona alguna de su familia, que Rodrigo de Cervantes seguía ausente de Sevilla. No es comprensible, en otro caso, que su hija se llamara a la parte en el pleito seguido por su padre; y menos se

comprende, estando sujeta a la patria potestad, que pidiera el nombramiento de un curador *ad litem*. Acaso la ausencia del padre estuviera relacionada con la toma de hábito de su hija Luísa en el Convento de la Imagen de Alcalá de Henares, en Febrero de 1565. Pero, ¿qué pensar de los derechos y acciones de D.^a Andrea para intervenir como opositora en el pleito de su padre? ¿Viviría separada de éste por algún motivo relacionado con su edad, con su sexo y acaso con su belleza? Imposible de llegar tan hondo en esta clase de investigaciones. No se sabe tampoco a qué obedeció en Rodrigo de Cervantes la nueva mudanza de vecindad. Si se tiene en cuenta, sin embargo, que residían en Sevilla no sólo su hermano Andrés, sino otros parientes más o menos próximos, es razonable atribuirle al deseo de ejercer su profesión al calor de ellos, como antes la había ejercido en Córdoba al amparo de sus padres.

Pero la deducción más importante de estos tres documentos, la que tiene un señalado interés biográfico, la formuló y razonó el Sr. Rodríguez Marín en un folleto intitulado *Cervantes estudió en Sevilla*. Dando por admitido que el futuro autor del *Quijote*, no emancipado de la autoridad paterna, debió de residir en dicha ciudad algunos años de su niñez, deduce lógicamente que allí pudo estudiar la gramática con los PP. Jesuítas, y tal vez oír letras humanas en el Colegio de Santa María de Jesús, fundado muy a los principios del siglo XVI por el Canónigo y Arcediano de Reina, Rodrigo Fernández de Santaella (9). Justo es, sin embargo, decir que la sospecha de haber estudiado Cervantes con los jesuítas ya la tuvo el malogrado escritor D. Vicente Gutiérrez de los Ríos, el cual practicó algunas diligencias en 1765 con el fin de indagar si entre los papeles de aquel instituto religioso se hallaban algunas noticias de los estudios de Cervantes en dicha ciudad (10).

Sugirióle esta idea aquel pasaje del *Coloquio de los Perros*, invocado también por el Sr. Rodríguez Marín, en el que, Berganza, después de llevar al aula el *vade mecum* que dejó olvidado un hijo del mercader a quien servía, dice: «No sé qué tiene la virtud que, con alcanzárseme a mí tan poco o nada de ella, luego recibí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban a los niños, enderezando las tiernas varas de su juventud porque no torcieran ni tomaran mal cimiento en el camino de la virtud, que juntamente

con las letras les mostraban; consideraba cómo les reñían con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios y los sobrellevaban con cordura, y finalmente cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios y les dibujaban la hermosura de las virtudes....»

Merece, sin embargo, alguna atención, al examinar este punto, la observación que hizo en un reciente folleto el cervantista don Norberto González Aurióles. No niega este escritor que hiciera su primeros estudios en Sevilla el futuro discípulo de Lope de Hoyos; pero hace constar que, si es cierto, como admiten los más autorizados críticos, que Rodrigo de Cervantes con su familia residió en Córdoba desde 1556 a 1562, aproximadamente, es decir, cuando Cervantes tenía de nueve a quince años, es muy verosímil que asistiera al Colegio de la Compañía de Jesús de dicha ciudad, fundado en 1553, o sea un año antes que el de San Hermenegildo de Sevilla (11). Y a este propósito hace notar que el elogio de *Berganza* a aquel Colegio, lo mismo podría aplicarse al de Córdoba, elogiado también en *El Perfecto Regidor*, muchos años antes de salir a luz *El Coloquio de los Perros*, por D. Juan de Castilla Aguayo, amigo de Cervantes y ensalzado por él en el *Canto de Caliope*.

Aparte de esto, no existe ningún dato positivo que compruebe la estancia de Cervantes en Sevilla todo el tiempo que en ella residió su padre. ¿No pudo quedar en Córdoba al lado de su abuela, ya por cariño que le profesara, ya por hacer menos gravosa a Rodrigo la carga de la familia? ¿No abona esta creencia el recuerdo que hizo en el *Quijote* de sucesos y lugares de dicha ciudad, cuyo conocimiento acusa una larga residencia en la misma? Pero tiene mayor interés para la crítica histórica, por tratarse del último y más completo de los biógrafos de Cervantes, lo que sobre este particular opina D. Ramón León y Maínez. No sólo acepta la conjetura de haber recibido en Sevilla las lecciones primordiales de los buenos estudios, sino que disputa por *segura* la residencia de Cervantes en dicha ciudad desde 1558 a 1566 (12). Algo excesivo, sin embargo, me parece este cómputo, porque, si es cierto, como muchos autores creen, y el mismo León y Maínez asegura, que Cervantes residió en Salamanca el tiempo necesario para estudiar los usos y costumbres de los escolares, claro es que este estudio debió de hacerlo siendo él mismo escolar, entre los quince

y los veinte años, es decir, antes de 1568, en cuya fecha asistía en Madrid, como es sabido, al estudio de la Villa.

De cualquier manera, bueno es hacer constar que, si no aparece en los registros de matrícula de la Universidad salmantina el nombre de Cervantes, tampoco se ha encontrado en los de la Hispalense, no obstante las pesquisas que a tal efecto hizo con gran escurpulosidad, hace algunos años, el docto bibliotecario D. José María de Valdenebro. No puede negarse, sin embargo, que existen en favor de Salamanca indicios muy vehementes. Tales son el elogio que tributa a dicha ciudad y las descripciones de tipos y sucesos estudiantiles que se encuentran, tanto en *El Licenciado Vidriera* como en *La Tía Fingida*, descripciones que denuncian, desde la primera línea, una observación directa de los modelos vivos en su propio ambiente local. Pero lo más significativo de todo es la alusión que hace en la primera de dichas novelas a aquellos muchachos pobres que servían de criados a los estudiantes ricos por sólo que les dieran estudios; alusión que sirvió de base al benemérito escritor D. Julián Apráiz para conjeturar que en tal concepto de criado o paje de algún estudiante de familia rica pudo pisar Cervantes las aulas salmantinas (13).

Tampoco niega el docto académico D. Emilio Cotarelo la posibilidad de los estudios de Cervantes en Sevilla, puesto que no hay dato en contra; «pero si las referencias de sus obras—dice—tienen algo de real como se viene creyendo de antiguo, más fácil sería que el futuro novelista buscase ya modo de vivir por otra parte» (14). Queda, pues, en litigio un punto de tanta importancia, cuyo esclarecimiento debe ser motivo de más meditados y detenidos estudios. No creo ocioso consignar, entretanto, que, en una visita del Sr. Apráiz al palacio de los Navarrete, en Avalos, donde se conservan muchos papeles inéditos de D. Martín Fernández de Navarrete, encontró algunas noticias referentes a la correspondencia que sostuvo con el docto catedrático de Retórica de la Universidad de Salamanca, D. Tomás González, sobre la matrícula de Cervantes en la misma.

De esa correspondencia resulta que, cuando el Sr. González regentaba dicha cátedra, a principio del siglo XIX, vió entre los apuntemientos de sus antiguas matrículas el asiento de Miguel de Cervantes para el curso de Filosofía, durante dos años consecutivos,

con expresión de que vivía en la calle de Moros. Pero el señor González se ausentó de Salamanca, y cuando, años después, en 1815, reclamó el Sr. Navarrete un documento fehaciente que diese autoridad a la afirmación de D. Tomás González, o por haber éste mismo desglosado y traspapelado las tan buscadas hojas de matrícula, o por haber quedado desprendidas y expuestas a extravío, no pudo dar con ellas el entonces catedrático de la misma Universidad, D. Francisco Cantero. El Sr. González, sin embargo, volvió a asegurar a Navarrete lo de la matrícula, en una entrevista que ambos tuvieron en Madrid en Junio de 1819 (15).

Al mismo período se refiere la controvertida hipótesis de haber sido en la reina del Bétis donde vió representar nuestro autor al gran Lope de Rueda. Así lo creyó, en efecto, D. Nicolás Antonio, interpretando equivocadamente aquellas palabras del prólogo de las *Comedias y Entremeses*, donde dice Cervantes: «fué natural de Sevilla y de oficio batihoja;» pero estas palabras no afirman, ni siquiera aluden a que fuese allí donde le vió representar. Rectificado, empero, por D. Vicente de los Ríos el disculpable error del docto bibliógrafo hispalense, dividiéronse los pareceres y divididos siguen, manteniendo cada cual, con más o menos calor y con mejores o peores pruebas, sus respectivos puntos de vista. Ríos, por ejemplo, supone que fué en Madrid donde le vió representar, y se funda para ello en una carta de Antonio Pérez, dirigida a su mujer desde el destierro, en la cual alude a los alegres días en que le hacía reir con sus representaciones el famoso comediante (16). Mas no indica el sitio en que le vió, ni consta que el gran novelista residiera en Madrid por aquel tiempo; y como consta, en cambio, que no sólo en la Corte, sino en otras poblaciones de Castilla representó Lope de Rueda, no puede admitirse como dato seguro la melancólica alusión del célebre Secretario de Felipe II.

Sobre base más sólida fundó su dictamen D. Martín Fernández de Navarrete. Partiendo del hecho histórico de haber representado Rueda en Segovia, con motivo de las fiestas celebradas en 1558 por la traslación del culto a la nueva Catedral, dedujo que Cervantes, siendo niño, pudo ir con su padre a dicha fiesta, y ser allí donde vió representar al batihoja sevillano (17). Quitan, sin embargo, mucha fuerza a esta conjetura los últimos documentos

relativos a la estancia en Andalucía del abuelo y del padre de Cervantes, documentos que no pudo conocer el veracísimo Navarrete, y de los cuales se deduce, con razonable fundamento, que en 1558 residía en Córdoba el futuro soldado de Lepanto.

También descansa en sólida base la conjetura del Sr. Rodríguez Marín; porque si bien sigue en este punto a D. Nicolás Antonio, cuya opinión invoca, aduce pruebas documentales que dan a su dictamen mayores visos de verosimilitud. Toma por punto de partida el nacimiento de una hija de Lope de Rueda, Luísa, bautizada en la parroquia de San Miguel, de Sevilla, en 18 de Julio de 1564, y como en este mismo año residía en dicha ciudad la familia de Cervantes, deduce que en ella fué donde vió Miguel las representaciones del aplaudido autor del paso de *Las Aceitunas* (18). Pero esta conjetura, ya que no contradice, no está en muy perfecta consonancia con lo que el propio Cervantes opina en el prólogo de las *Comedias*, después de elogiar a Lope de Rueda. He aquí sus palabras: «Fué admirable en la poesía pastoril; y en este modo, ni entonces, ni después acá, ninguno le ha llevado ventaja. *Aunque por ser muchacho yo entonces no podía hacer juicio firme de la bondad de sus versos*, por algunos que me quedaron en la memoria, vistos ahora en la edad madura que tengo, hallo ser verdad lo que he dicho;» palabras que no pueden referirse a la edad de diez y siete años que contaba Cervantes en 1564, porque a esta edad, ni era muchacho en la corriente acepción de esta palabra, ni podía carecer del juicio necesario para apreciar las composiciones del insigne farandulero.

En esta razón se funda el Sr. León y Maínez para no aceptar la hipótesis del Sr. Rodríguez Marín, formulando, a su vez, la suya en los siguientes términos: «Constando, por datos indiscutibles, que el abuelo de Cervantes vivía en Córdoba desde 1556 por lo menos, y que allí estaría Miguel con sus padres hasta 1561 o 62, en que trasladaron éstos su residencia a Sevilla, parece más natural y explicable que fuese en Córdoba donde el inimitable escritor viese al gran Lope de Rueda» (19). La misma opinión sostiene el Sr. González Auriol, añadiendo nuevos datos para inferir que pudo Cervantes presenciar en Córdoba el entierro de Lope de Rueda, fallecido en 1565, según documento hallado por el docto cronista de esta ciudad, D. Rafael Ramírez Arellano (20).

A época muy posterior se refiere otra supuesta estancia de Cervantes en Sevilla, admitida como incuestionable por muy doctos cervantistas, sin otro fundamento que el de suponerle autor de una carta dirigida a D. Diego de Astudillo, dándole cuenta de una graciosa fiesta celebrada el 4 de Julio de 1606 en San Juan de Aznalfarache, fiesta a la cual asistieron varios poetas sevillanos y el mismo Cervantes. Forma parte esta notable epístola de un curioso códice de miscelánea de la Biblioteca Colombina, ya visto por Gallardo en 1810, y, antes de esta fecha, por el canónigo y diligente investigador de las antigüedades de la Catedral sevillana, D. Juan de Loaisa; códice que, a más de la indicada carta, contiene doce opúsculos, casi todos anónimos, entre ellos la novela de *La Tía Fingida* y la *Tercera parte de las cosas de la Cárcel de Sevilla*, añadida a la que hizo Cristóbal de Chaves, y cuya paternidad adjudican algunos a nuestro gran escritor. Dió con este códice, en 1845, merced a las indicaciones de D. José María de Alava, ex Rector de aquella Universidad, y del bibliotecario don José Fernández y Velasco, el meritísimo académico D. Aureliano Fernández Guerra, bien que la epístola, no obstante la importancia que a juicio suyo tenía, no la publicó hasta 1867 (21).

Tenía por artículo de fe el bueno de D. Aureliano que se trataba de una de las obras de Cervantes que andaban descarriadas y sin dueño conocido, fundando su dictamen, no sólo en la sencillez, naturalidad y donaire que en toda ella campea, sino en muchos giros, frases y modismos, que recuerdan los empleados por Cervantes en algunas de sus novelas, y principalmente en el *Quijote*. Sólo a nuestro gran autor se le pudieron ocurrir, a juicio del Sr. Fernández Guerra, los pseudónimos o mote que aplica a algunos de los poetas concurrentes, mote que tienen mucha analogía con los que puso a algunos de los caballeros andantes que menciona en *El Ingenioso Hidalgo*. Así, por ejemplo, al conocido dramaturgo D. Diego Jiménez Enciso le llama *El Caballero del Buen Gusto*; a D. Juan Ruíz de Alarcón, el insigne autor de la *Verdad Sospechosa*, *D. Floripando Talludo, Príncipe de Chunga*; a don Diego de la Hoz, *D. Golondronio Gatatumba*; al licenciado y poeta Juan Ochoa, *D. Metrilino Arrianzo de Dacia*; a Juan Antonio de Ulloa, *D. Rocandolfo de la Ínsula Firme*, y así otros, no menos enfáticos y retumbantes.

Recuerda también el Sr. Fernández Guerra en apoyo de su tesis, que algunos de estos poetas, como Enciso, Ochoa y Calatayud, fueron elogiados en el *Viaje del Parnaso*; y hace notar, por último, que así como Arrieta descubrió en el código del Racionero Porras de la Cámara *La Tía Fingida*, que era una obra inédita de Cervantes, del mismo modo puede admitirse que la copia hallada por él, más esmerada y completa que la del prebendado sevillano, no sería el único trabajo inédito facilitado por el mismo Cervantes para el Código Colombino. Y tal era la autoridad del insigne académico, que al lado suyo se pusieron, de la manera más resuelta, corroborando y ampliando sus razonamientos, escritores tan circunspectos en materia de crítica literaria como Hartzenbuch, D. Cayetano Alberto de la Barrera, Morán, y, hasta hace algunos años, el mismo Rodríguez Marín.

Con todo eso, nadie admite hoy la autenticidad de la indicada epístola. Sin negar que está muy bien escrita y que hay en ella chistosos rasgos con marcado sabor cervantino, es muy aventurado atribuir su paternidad a la pluma del gran escritor. ¿No pudo ocurrir que la atenta lectura del *Quijote*, publicado el año anterior, influyera algo en el estilo del autor anónimo, o que, deliberadamente, procurase imitarlo, por ser apasionado de aquel libro inmortal? Es muy significativo, además, que no haya quedado de esta supuesta estancia ningún rastro documental. Lo más verosímil, y también lo más admitido es, que, restituída la Corte a Madrid en 1606, se trasladara a ella con su familia, desde Valladolid, ocupándose en negocios particulares, y acaso en preparar la reimpression de la primera parte del *Quijote*. De todos modos, es poco verosímil que Cervantes, pasando ridículamente de los dominios de la vejez a los de la juventud, pues ya contaba cincuenta y nueve años, tomara parte activa con gente tan alegre y bulliciosa en aquel bromazo literario.

II

Estancias ciertas de Cervantes en Sevilla.—Su nombramiento de Comisario.—Primeras comisiones.—Su excomunión en Écija.—Concepto equivocado del oficio de Comisario.—Cargos injustos a Felipe II.



El erudito escritor valenciano D. Gregorio Mayans y Siscar, primer biógrafo de Cervantes, no sospechó siquiera en 1737 la estancia en Andalucía del Príncipe de los Ingenios. Fué el primero en sospecharlo, con buen sentido crítico, el ya mencionado escritor, D. Vicente Gutiérrez de los Ríos, el cual, en su *Elogio histórico del autor del Quijote*, leído en la Academia Española en 1764, apuntó como verosímil la residencia de Cervantes en Sevilla desde 1594 a 1599. Fundaba esta conjetura, tanto en el soneto al túmulo levantado en aquella Catedral a la muerte de Felipe II, en 1598, como en ciertas alusiones que hace en *Rinconete y Cortadillo* a personas y lugares de dicha ciudad, alusiones que no pudo hacer de no haber sido testigo de vista y sin un conocimiento detenido y circunstanciado de la metrópoli andaluza. Comprobó en parte esta conjetura por el mismo procedimiento crítico, y casi por los mismos días, D. Juan Antonio Pellicer, insertando al efecto en las *Noticias Literarias* que forman parte de su *Ensayo de una Biblioteca de Traductores Españoles*, el entonces inédito y hoy muy conocido y celebrado soneto que comienza:

«Vimos en Julio otra Semana Santa,»

en el cual ridiculizó Cervantes, con punzante ironía, el tardío socorro del Duque de Medina Sidonia a la ciudad de Cádiz, saqueada por los ingleses en 1596.

Pero las primeras noticias documentadas relativas a la estancia y ocupaciones de Cervantes en Sevilla, las publicó en 1819, en su excelente biografía, D. Martín Fernández de Navarrete. Él fué, en efecto, quien, aprovechando la comisión dada en 1604 a D. Juan Agustín Ceán Bermúdez para el examen y arreglo del Archivo general de Indias, le encargó confidencialmente que indagara el motivo que llevó a Cervantes a la entonces populosa y animadísima ciudad del Bétis. Del esmero y diligencia con que cumplió su encargo el docto Académico de la Historia, es testimonio elocuente el resultado de sus investigaciones. Entre los documentos que descubrió, todos de gran interés para ilustrar la vida del gran escritor, en lo que respecta, sobre todo, a sus campañas como soldado y a los amargos días de su cautiverio, uno de los más importantes fué el célebre memorial dirigido a Felipe II en 6 de Junio de 1590, en el que alegaba, entre otros méritos, para pedir un oficio en Indias, de los tres o cuatro que a la sazón había vacantes, el haber «asistido sirviendo en Sevilla en negocios de la Armada por orden de Antonio de Guevara» (22).

Consta, sin embargo, por otros documentos de más reciente hallazgo, que, antes de 1588, había desempeñado en la misma ciudad algunas comisiones de carácter particular. Así se deduce del poder que le dió, en 2 de Diciembre de 1585, cierto Gómez de Carrión, para cobrar cien ducados en Sevilla, a Diego de Ondaro, vecino de Madrid, y de otra escritura de la misma fecha, en la que, llamándose «vecino del lugar de Esquivias.... y estante en esta ciudad de Sevilla...» se obligó a pagar en «seis meses» a dicho Gómez de Carrión, en la «misma ciudad,» doscientos cuatro mil maravedís que le había prestado (23). Ya por precaución, o para evitar los gastos de la conducción del dinero a Madrid, entregó la mayor parte de dicha suma, o sea ciento ochenta y siete mil maravedís, a Diego Alburquerque y Miguel Angel Lambia, banqueros de Sevilla, los cuales expidieron a su favor una letra para que la cobrara en Madrid, a diez días vista, en casa de Gómez y Compañía, letra que, aceptada el día 19, la hizo efectiva Cervantes en 30 del mismo mes.

No se sabe a qué negocio o comisión obedeciera esta operación mercantil, ni consta que volviera a Sevilla dentro del indicado plazo de seis meses. Es probable, sin embargo, que cumpliera puntualmente la obligación que contrajo, pues decía en la escritura «que si al dicho plazo no nos diese a pagar los dichos doscientos cuatro mil maravedis, consiento que tengo por bien que los podáis enviar a cobrar de mi e de mis bienes al dicho lugar de Esquivias o a otra parte donde estuviere.... con una persona la cual gane e yo me obligo de pagalle quinientos maravedis de salario cada dia.... en la ida, estada e güelta a esta ciudad hasta haber cobrado....» De todos modos, esta segunda estancia en Sevilla, si en efecto la llevó a cabo, debió de ser muy breve, porque en 9 de Agosto de 1586 (24) firmó en Esquivias la carta dotal de su esposa, D.^a Catalina de Palacios y Salazar, y en 25 de Octubre del mismo año sacó de pila en el mismo lugar a un hijo de Simón Hernández y de su mujer, María Romana (25).

Las primeras noticias concernientes a su oficio de Comisario se remontan a 1587. En este año, y con motivo de la enorme cantidad de trigo y aceite que era necesario acopiar para la Armada *Invencible*, fué nombrado Proveedor general de las Galeras Reales el Consejero de Hacienda Antonio de Guevara, que debía residir en Sevilla. Retenido, empero, en la Corte para arreglar asuntos de índole particular, delegó sus funciones en el licenciado Diego de Valdivia, Juez de la Audiencia de dicha ciudad, a cuyas órdenes aparece por primera vez Cervantes sacando trigo de la ciudad de Écija en el otoño de 1587 (26).

No se sabe, sin embargo, a quién debió su primer nombramiento. Supone Navarrete que, facultado Antonio de Guevara para nombrar cuatro Comisarios que le ayudaran en la compra y acopio de víveres, uno de ellos fué Cervantes. Así consta, en efecto, de una escritura otorgada en Sevilla en 12 de Junio de 1588, publicada también por Navarrete, en la cual, presentando como fiadores al licenciado Juan de Nava Cabeza de Vaca, morador en la collación de la Magdalena, en el dormitorio de San Pablo, y a Luís Marmolejo, de la misma collación, en la calle de Cantarranas, se obligó «Miguel de Cervantes Saavedra residente en dicha ciudad a usar bien y diligentemente el oficio y cargo de Comisario del Proveedor general Antonio de Guevara» (27). Pero es el caso que,

antes de este nombramiento, en 22 de Enero del mismo año, estando Guevara en Sevilla, le había expedido otro para sacar de Écija cuatro mil arrobas de aceite.... «conviniendo—dice—nombrar una persona de diligencia y cuidado que vaya a lo susodicho, y porque la de Miguel de Cervantes, residente en esta ciudad, es tal cual se requiere para ello por la plática y experiencia que tiene de semejantes cosas, y por la satisfacción que tengo de su persona, por la presente le nombro, ordeno y mando que luego que esta mi comisión le sea entregada, con vara alta de justicia se parta a dicha ciudad de Ecija y saque de ella las cuatro mil arrobas de aceite....» (28).

Permite suponer este documento, que, hallándose Cervantes en Sevilla cuando Guevara delegó sus funciones en el licenciado Valdivia, éste fué el que le nombró por primera vez para el cargo de Comisario, nombramiento al cual no sería extraño su grande amigo y protector, Tomás Gutiérrez, persona de gran influencia en aquella ciudad por hospedarse en su posada de calle Bayona, sujetos de gran suposición procedentes de la Corte. En el mismo año de 1587, y teniendo a Sevilla por centro de sus operaciones, desempeñó, a más de la ya indicada comisión, otra de igual naturaleza en la misma ciudad de Écija y en las villas de La Rambla, Espejo y Castro del Río, siendo digno de consignarse el desagradable incidente que le ocurrió en la primera de dichas poblaciones. Le había comisionado Valdivia para una gran saca de trigo, con instrucciones precisas de que lo tomara y embargara, no sólo de los particulares, sino de las fábricas de la ciudad. Así lo hizo, en efecto, sacando ciertas cantidades de la parroquia de Santa Cruz, del Deán y Cabildo de Sevilla y de D. Francisco Enríquez de Rivera, Maestre=escuela de la misma Iglesia. No quiso, o no pudo, remitir Valdivia el dinero necesario para el pago, y como estaba dispuesto que no se tomara grano de las rentas eclesiásticas sin previo pago del mismo, protestaron de la exacción el Vicario de Écija y el Cabildo de Sevilla, formulando contra Cervantes censura y excomunión (29). Inútiles han sido las investigaciones practicadas en los archivos hispalenses para encontrar los antecedentes de este asunto. Lo que se sabe de positivo es que, en 22 de Febrero de 1588, estando Cervantes en Sevilla, dió poder a Fernando de Silva para que «parezca ante el provisor y juez vicario general de

esta ciudad de Sevilla y su Arzobispado y ante el vicario de la ciudad de Écija.... y les pedir y suplicar me manden absolver remotamente o a reinsidencia de la censura y excomunión que contra mí está puesta por haber yo tomado y embargado el trigo de las fábricas de dicha ciudad.... por orden y comisión del licenciado Diego de Valdivia....»

Y no fué este el único enojoso incidente que, con relación a los bienes de la Iglesia, tuvo que lamentar Cervantes en el mismo año. En una de las sacas que hizo en la villa de Castro del Río, por orden también de Valdivia, amén de doscientas fanegas de trigo pertenecientes a una prestamera del canónigo de Coria, Pedro Núñez de Toledo, debió de sacar mayor cantidad de la concertada, de la fábrica de alguna Iglesia, y sin duda se opuso o encontró dificultades por parte de un sacristán, cuando, Cervantes, haciendo uso de su autoridad de comisario, se vió obligado a disponer su prisión en la cárcel de dicha villa. Entendieron en el asunto «las justicias eclesiásticas de Córdoba,» en vista de lo cual dió Cervantes poder especial a su primo, Rodrigo de Cervantes, en la ciudad de Écija, en 5 de Abril de 1588, para que «le representara y respondiera a las cédulas que por tal prisión se habían dado contra él y a lo demás que en las dichas censuras se contiene.... y pedir se aya conmigo de la benignidad acostumbrada» (30).

Tanto este pleito, como la excomunión de Écija, fueron asuntos de gran resonancia en todos los pueblos de la «Provincia de Andalucía,» como entonces se llamaba; y hasta es posible que, con tal motivo, se elevara consulta al Real Consejo de Hacienda, que debió de evacuarla en favor de Antonio de Guevara. Dedúzcolo así, porque, en la nueva comisión que en 15 de Junio de 1588 le dió a Cervantes para sacar y moler el trigo almacenado en Écija, le dice: «que requiera a las justicias e regimiento de dicha ciudad para que sin dilación alguna saque todo ello enteramente.... no embargante que estaba ordenado que no se sacase sin que primero se pagase.... y en caso que no lo entreguen luego o pusieran alguna dilación, abrirá los almacenes o cámaras donde estuviese el dicho trigo y cebada y lo hará sacar y conducir a la molienda de dicha ciudad.... y por ser cosa del servicio del Rey nuestro señor.... exhorto y requiero al corregidor y justicia de dicha ciudad no le impidan ni perturbén en sacar el dicho trigo.... so pena de quinientos ducados» (31).

Cumplió Cervantes esta orden rigurosísima, que era, en cierto modo, una aprobación de su conducta anterior, no sólo a rajatabla, sino quizás excediéndose algo en sus amplísimas facultades. Me induce a esta sospecha la carta que en 20 de Octubre del mismo año le escribió Guevara dándole una nueva comisión para sacar trigo de Écija, carta en la cual le dice: «Vuestra merced procure juntar toda la cantidad que pudiere sin rigor y sin tratar de querer sacarlo de quien no tuviere trigo, porque esto no es justo, de manera que se haga sin ruido ni queja, aunque no se junte toda la cantidad» (32). Ya sea por el rigor con que procedió en esta comisión, o por cualquier otra causa relacionada con la misma, la verdad es que Cervantes se había creado en Écija muchos enemigos. Prueba de ello es que, en el Cabildo de 2 de Septiembre de 1588, se leyó una cédula Real, enviada desde la Corte por el jurado Cristóbal de Torres, «sobre averiguar cierta cebada que se había sacado de esta ciudad por los comisarios de Antonio de Guevara» (33). Llegó a oídos de Cervantes el objeto de la cédula, y, adelantándose a su cumplimiento, rasgo muy propio de quien «ponía la buena fama por encima de las riquezas,» requirió al Cabildo en 26 del mismo mes para que procediera a la averiguación que contra él se mandaba.

Muy grande y muy legítima debió de ser la satisfacción del digno comisario al conocer el acuerdo de la ciudad. El Alcalde Mayor, Garcilaso de la Vega Galindo, según consta en acta de 30 de Septiembre, dijo: «que la dicha cédula Real no fué ganada a pedimiento de esta ciudad, ni tal se ha acordado por ella, porque la relación que en ella se contiene y que parece se hizo para la ganar, es falsa y siniestra, porque, como es notorio, el dicho Miguel de Cervantes, en el tiempo que asistió en esta ciudad con comisiones de Antonio de Guevara, usó su oficio en la saca del pan que en ella hizo con mucha retitud y lo mismo a echo en este presente año de 88, y de esto está informado el dicho Garcilaso por pesquisas e información secreta que a echo para saber si era verdad lo contenido en la dicha Real cédula» (35). En igual sentido se expresaron los regidores D. Luís Porto=Carrero, D. Gonzalo de Cárdenas, Rodrigo Dávila, Pedro Fernández de Perea y otros, quedando plenamente comprobada la honradez del comisario.

Pero no transcurrieron muchos meses sin ser objeto de una

nueva intriga. Ocupado en la comisión que le dió Guevara para la misma ciudad en 20 de Octubre de 1588 (36), tuvo noticia de que un regidor andaba en averiguaciones sobre si había sacado más trigo y cebada que el previamente concertado entre Guevara y el corregidor D. Luís Porto=Carrero. Procediendo, en este caso, con su acostumbrada dignidad y altivez, presentó una petición al cabildo de Écija, la cual, no sólo acredita su honrado proceder, sino la legítima indignación de quien es injustamente acusado; petición que merece ser conocida de todo el mundo, porque es uno de los documentos que más honran a Cervantes como caballero y como funcionario: «E porque la dicha averiguación dice se va haciendo en menoscabo del crédito de mi persona y de la fidelidad con que e usado y uso mi oficio y por ahorrar al dicho regidor de trabajo, hago presentación de la lista que va con esta donde se verá la cantidad que he sacado.... e para que se vea y averigüe si esto es verdad pido e suplico a la ciudad mande que públicamente se pregone en la plaza e puertas públicas que todos vengán a dar noticia del trigo e sebadá que he sacado.... y no dándome la dicha ciudad repartida la cantidad que falta e quien me ayude a sacarla, buscare el trigo e sebadá donde quiera que lo hallare para cumplirla, sin tener en cuenta a el repartimiento que se hizo con intervención del Sr. Corregidor» (37).

Fácil le fué a Cervantes deshacer la trama que con tal motivo se le urdía. Sin perjuicio de la relación que presentó en Sevilla en 6 de Febrero de 1589, comprensiva de los gastos menudos que hizo en la molienda de Écija (38), cuyo importe ascendía a cuatro mil setecientos veintiocho maravedís, «todo lo cual—dice—juro a Dios y por esta † que lo gasté en beneficio de la molienda y otras cosas muchas más que no apunté,» presentó en Écija, en 18 del mismo mes, las certificaciones del trigo que había sacado a cada vecino, con cuyos datos, no sólo confundió a los calumniadores, sino que hizo resaltar, ante los ojos de toda la ciudad, la rectitud de su administración (39). Pudo, pues, erguir de nuevo la cabeza, y hasta tomar represalias de sus enemigos, cosa que otro cualquiera en su lugar hubiera hecho; pero Cervantes, con generoso espíritu de filósofo cristiano, solía mirar con indulgente sonrisa tales miserias humanas.... ¡Y quién sabe si no fueron éstos, y otros hechos análogos de su infortunada vida, los que le movieron a es=

cribir, años después, aquellas graves y sentenciosas palabras: «Donde quiera que está la virtud en grado eminente es perseguida; pocos o ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia....»

En la misma tarea de acopiar víveres para las galeras de España prosiguió hasta bien entrado el año de 1594, visitando en este lapso de tiempo muchas villas y lugares de Andalucía, y todas las comprendidas a doce leguas a la redonda de Sevilla, entre ellas, Carmona, Utrera, Villalba del Alcor, Paterna, Rociana, Almonte, Villanueva, El Arahal, Niebla, Marchena, Mairenilla, Villamanrique, Gerena, Bollullos y otros (40). Es digno de notar también, en este período, la digna y valiente defensa que hizo de su jefe, Pedro de Isunsa, contra el cual se había dictado mandamiento de ejecución por haber sacado de las tercias de Teba y Ardales, arrendadas por Salvador de Toro, varias partidas de trigo y cebada. En justificación de su conducta, expidió Cervantes en Sevilla, a 8 de Agosto de 1592, una certificación detallada del grano que sacó de dichas villas su ayudante Nicolás Benito (41); pero antes de fallarse el pleito que con tal motivo se siguió, vino a la corte con Isunsa, presentando ante el Consejo de Guerra, en 1.º de Diciembre del mismo año, un pedimento, escrito de su puño y letra, que es uno de los documentos que más enaltecen su memoria y donde más fielmente se retrata el noble conjunto de su fisonomía moral (42).

Aunque en 30 de Junio de 1594 le fueron aprobadas en Sevilla, por los contadores Pedro Ruíz de Otalora y Francisco Vázquez de Obregón, las cuentas de varias comisiones desempeñadas por orden de Antonio de Guevara y de Miguel de Oviedo (43), debió salir de dicha ciudad algunos meses antes, porque en 1.º de Julio del mismo año se hallaba en Madrid con motivo de la comisión que le fué conferida para cobrar en el reino de Granada varios atrasos de tercias y alcabalas (44). Mientras estuvo a las órdenes de Valdivia y de Antonio de Guevara, percibió a razón de doce reales diarios, cantidad que fué rebajada a diez reales por el vascongado Pedro de Isunsa, en 1590; y con este salario continuó, hasta terminar las últimas comisiones, a las órdenes del veedor y contador Miguel de Oviedo. No obedeció esta rebaja, como podría creerse, a que fuera menos intensa y fatigosa la labor del Comi-

sario, ni a la menor estimación de su jefe, sino al estado angustioso de la Real Hacienda, motivado, principalmente, por las enormes sumas invertidas en los preparativos de la *Invencible*. A esto obedeció también que el pago de los víveres embargados se hiciera con gran retraso; y en cuanto a los salarios, baste decir que, en Marzo de 1591, no había cobrado los correspondientes a los 276 días que se ocupó en la molienda de Écija de 1588 y 1589 (45).

Con rara unanimidad convienen los biógrafos de Cervantes en que este período fué uno de los más infortunados de su vida. «Corazón muy duro es preciso que tenga—dice Aribau—quien no se sienta penetrado de lástima al ver a Cervantes condenado a ocupaciones tan ajenas de su carácter, minuciosas, pesadas, capaces de yermar la imaginación más fecunda y de abatir los más altos pensamientos. Lejos de su casa; sin fija residencia; sin los consue-
los de su familia; atendido a una mísera retribución; luchando con la miseria de los contribuyentes, con las reclamaciones de la justicia y con las marrullerías de los arrendadores; sujeto a las caprichosas fórmulas oficinescas y a las estafas de los mercaderes de mala fe; mal agradecido por aquellos a quienes servía con el mayor esfuerzo que puede hacer el hombre, cual es el sacrificio de las propias inclinaciones; expuesto continuamente a ser encarcelado y perseguido por partidas dudosas, cuya tenuidad nos da vergüenza, Cervantes debió sufrir extraordinariamente en esta época de su vida....»

Respetando como se merece lo que hay de verdad y de justicia en estos elocuentes párrafos, creo, sin embargo, que hay algo de exageración en la pintura. Claro es que el oficio de Comisario, ni estaba en consonancia con sus aficiones, ni era el que correspondía al talento y a los servicios de Cervantes; pero no es justo rebajarlo a condición tan subalterna e ínfima como generalmente se admite. Era un destino equivalente al de los actuales recaudadores de contribuciones, para cuyo desempeño, aparte de la fianza, que en tiempo de Cervantes no era en metálico, sino personal, se exigían condiciones de inteligencia, discreción y urbanidad, que, ni entonces ni ahora, es fácil encontrar reunidas en sujetos de las últimas capas sociales. No era criado de los proveedores, como algunos suponen, sino criado de S. M., denominación que lo mismo correspondía a los pequeños que a los altos funcionarios, y que el

mismo Cervantes se aplicó en varias escrituras y documentos.

La parte más enojosa del oficio, cual era la de entender con arrieros, molineros, carreteros y demás gente de este jaez, no la desempeñaban los comisarios, sino sus ayudantes y alguaciles, reservándose aquéllos el ajuste y rendición de las cuentas, el dirigir las operaciones de las sacas y de las moliendas, y en resolver las dudas y dificultades que se ofrecían, tanto en lo relativo al precio de los víveres como en la cantidad de ellos que debía embargarse. El mismo licenciado Valdivia, siendo alcalde de casa y corte de la Audiencia de la ciudad de Sevilla, sacó de Écija, en 13 de Noviembre de 1587 (46), una partida de cuatro mil fanegas de trigo, y lo mismo hizo, en alguna ocasión, el consejero de Hacienda Antonio de Guevara. En cuanto al salario, no era, ni con mucho, espléndido; pero no estaban mejor retribuidos otros oficios para cuyo desempeño se exigían estudios universitarios; así, su abuelo, el licenciado Juan de Cervantes, letrado de la ciudad de Córdoba, percibía el «salario de veinte ducados anuales, pagados por tercios» (47).

Verdad es que su situación económica fué difícil y apurada en no pocas ocasiones; pero esto, más que a la escasez del sueldo, obedecía al retraso en percibirlo. Tuvo, en cambio, otras ocasiones de relativa holgura, y así se deduce de los dos poderes que, en 14 y 31 de Julio de 1590, residiendo en Sevilla, otorgó a su mujer y a su hermana Magdalena para cobrar en Madrid las cantidades que le debían, y las que él desde aquella ciudad las libraba (48). Ni son menores pruebas de lo que afirmo el haber sido aceptado como fiador de Juan Fortuny (49) en 5 de Agosto de 1592, y en haberle devuelto en Sevilla, su próximo pariente, D. Juan de Cervantes, noventa ducados en reales que le había prestado (50). Más apurada fué su situación económica en Madrid, aun después de escribir el *Quijote*.

Lo que ocurre es, que, al estudiar este y otros períodos de su vida, no se tiene en cuenta que la celebridad de Cervantes, por triste privilegio de casi todos los hombres de genio, ni él la gozó en vida, ni la llegaron a sospechar siquiera sus contemporáneos. Pasaron muchos años hasta que fué colocado su nombre en el alto lugar que le correspondía. No fué, además, el de Cervantes, un caso insólito en aquellos tiempos. ¿Es que la diosa Astrea pre-

sidía entonces el reparto de los honores y de las mercedes? En aquellos lejanos días, como en los presentes, el parentesco o la protección de un personaje, pasaban sin protesta y sin escándalo público por encima del talento y de la virtud. Este y no otro fué el caso de Cervantes. No tuvo parientes de influencia, no tuvo valedor poderoso y decidido, y como la digna altivez de su carácter le tenía siempre alejado de la adulación y de la intriga, de aquí el haber vivido menospreciado y pobre, en tanto veía triunfantes a su lado el nepotismo y la ignorancia.

Ya el padre Sepúlveda se lamentaba de ver arrinconados y sin premio alguno famosos capitanes y valerosos soldados, que, habiendo servido al Rey toda su vida, y teniendo sus cuerpos acribillados de heridas, no solamente estaban obscurecidos y sin recompensa alguna, sino que, a su vista, eran colmados de mercedes hombres sin servicios ni méritos, por sólo el favor que gozaban de los Ministros y cortesanos. La misma queja formuló, respecto a los poetas y literatos, Cristóbal de Mesa, el cual decía a D. Pedro Fernández Navarrete en una de sus Rimas:

«Muchos de gran talento y gran ingenio
Miro que están en la miseria suma,
Ayudados de Febo y de Cilenio;
Y que por los estudios y la pluma
Ni una pensión le dan ni una prebenda,
Y otros medran creciendo como espuma.»

¿Y qué decir de los que injurian a Felipe II por no haber adivinado el genio del infortunado escritor? Al comentar el Sr. León y Maínez el famoso decreto de Núñez Morquecho, desestimando el memorial que elevó Cervantes al Rey en 1590, exclama todo indignado: «¡Qué sarcasmo!... ¡Qué descaro!... ¡Qué modo tan indigno de maltratar a la pobreza! Ni Felipe II, príncipe ingrato que no supo comprender nunca el gran talento de Cervantes, ni su secretario y palaciegos, pudieron apreciar como era debido la alteza de sus servicios.... Si hubiera sido protegido de algún prócer, hijo de algún poderoso sin historia ni prestigio, de los que disipaban en el ocio o en la vida rufianesca el patrimonio heredado, se le hubieran abierto las puertas del favor y del acrecentamiento» (52).

Está bien; pero, ¿es que Felipe II, ni nadie, podía columbrar

en 1590, quince años antes de escribir el *Quijote*, que aquel modesto comisario que pedía un oficio en Indias había de ser admirado, dos siglos después, como la más legítima gloria del pueblo español? ¡Con cuánta frecuencia, al hablar de Cervantes, suelen caer en la declamación y en la hipérbole los más expertos escritores! Dada, pues, la situación de nuestro héroe en 1587, cuando no quería sujetarse a la monótona vida de terrateniente y modesto agricultor en Esquivias, y cuando no podía vivir del producto de sus comedias por haberse alzado el «mónstruo de naturaleza con la monarquía cómica,» el cargo de comisario no era, repito, lo que él merecía, ni mucho menos; pero era un destino decoroso, con el cual libró su subsistencia durante algunos años.

III

Poesías sueitas de Cervantes escritas en Sevilla.—Contrato con Rodrigo de Osorio, autor de comedias.—Un Certamen poético.—El soneto al túmulo de Felipe II.



O perdió Cervantes en ninguna circunstancia ni en ningún momento su predilecta afición a la poesía. Ni en el lúgubre período de su cautiverio, donde raro era el día que el cruel Azán Bajá, por el más leve motivo, no empalaba o desorejaba a algún cautivo cristiano, y donde él mismo, por sus heroicos proyectos de libertad, tan expuesta tuvo la vida en varias ocasiones; ni en aquel período, digo, interrumpió su trato con las musas. Entonces fué cuando escribió, entre otras composiciones líricas de carácter religioso que modestamente comunicaba al doctor Antonio de Sosa, aquella memorable epístola en tercetos, dirigida al Secretario del Rey, Mateo Vázquez, en la cual resplandece como en ninguna otra de sus composiciones rítmicas, la vibración sostenida del estro poético. Y si a esta afición se suma lo que siempre tuvo de propicio para la poesía el privilegiado cielo andaluz, ¿qué extraño es que Cervantes, haciendo alto en su prosaica faena de acopiar trigo y cebada, requiriese en alguna ocasión para solaz de su espíritu la dulce lira del gentil Apolo?

Una de las composiciones de este período, escrita en Sevilla, fué el soneto laudatorio a Francisco Díaz, médico de Cámara de Felipe II, con motivo de un *Tratado sobre enfermedades de los*

riñones, que imprimió en Madrid en 1588. Ya le había celebrado Cervantes en el *Canto de Caliope*, pero, seguramente, le escribió pidiéndole unos versos en alabanza del libro, según costumbre de entonces; ¿y, cómo no acceder a ello? A otras peticiones de la misma índole había accedido algunos años antes, como lo acreditan las composiciones que dedicó a *La Austriada*, de Juan Rufo; a la *Filosofía Cortesana*, de Barros; al *Jardín Espiritual*, de Padilla, y al *Cancionero*, de López Maldonado. El soneto es uno de los menos afortunados que escribió Cervantes, pero lo reproduzco por ser muy poco conocido y por las curiosas alusiones que hace a un procedimiento especial inventado por Díaz para curar las estrecheces de la uretra, procedimiento que debió de proporcionarle, no sólo reputación, sino también mucho dinero. Dice así:

«Tú, que con nuevo y sin igual decoro,
Tantos remedios para un mal ordenas,
Bien puedes esperar de estas arenas
Del sacro Tajo las que son de oro.

Y el lauro que se debe al que un tesoro
Halla de ciencia con tan ricas venas,
De raro advertimiento y salud llenas,
Contento y risa, del enfermo lloro.

Que por tu industria, una deshecha piedra
Mil mármoles, mil bronces a tu fama
Dará, sin envidiosas competencias;

Daráte el cielo palma, el suelo yedra,
Pues que el uno y el otro ya te llama
Espíritu de Apolo en ambas ciencias» (53).

Al mismo año corresponden dos canciones, hasta hace poco inéditas, dedicadas a la Armada *Invencible*, y cuyo feliz hallazgo se debe a D. Manuel Serrano y Sanz. Figuran en un código de la Biblioteca Nacional que perteneció a D. Luís Usoz del Río, formado, a juzgar por el carácter de su letra, a fines del siglo XVI o principios del XVII, y contiene, a más de las indicadas, otras composiciones de ingenios andaluces, como Góngora, Salinas y Gutiérrez de Cetina. Debió de escribir la primera cuando sólo había rumores del fracaso naval, pues no se explica de otro modo que,

mezclada con el temor y la duda, apunte en muchos versos la esperanza en la victoria. Su mérito artístico, como el de todas las composiciones largas de Cervantes, es muy desigual: al lado de algunas estrofas en que hay facilidad, elevación y brío, se encuentran otras desmayadas y prosaicas (54). Merece consignarse entre las primeras, la siguiente:

«Bate, fama veloz, las prestas alas,
Rompe del Norte las cerradas nieblas,
Aligera los pies, llega y destruye
El confuso rumor de nuevas malas,
Y con tu luz esparce las tinieblas
Del crédito español que de ti huye.»

.

Sabida es la malquerencia de España a Inglaterra por aquel tiempo, motivada, no tanto por el peligro en que ponía como dueña de los mares nuestros extensos dominios en América, cuanto por ser la reina Isabel, en su feroz enemiga al catolicismo, la que sostenía y fomentaba las costosas guerras de Flandes. Era, pues, natural que el desastre de la *Invencible*, dificultando o alejando indefinidamente el vencimiento de tan poderoso enemigo, causara profunda impresión en España. Así lo comprendió Cervantes, y por eso, en la segunda canción, si bien llora la pérdida de la Armada, procura atenuar las consecuencias de tan infausto suceso infundiendo valor y confianza al decaído espíritu público. Son muy sentidas y de muy hermosa contextura las siguientes estrofas:

«Madre de los valientes de la guerra,
Archivo de católicos soldados,
Crisol donde el amor de Dios te apura,
Tierra donde se ve que el cielo entierra
Los que han de ser al cielo trasladados
Por defensores de la fe más pura:
No te parezca, acaso, desventura,
¡Oh España, Madre nuestra!,
Ver que tus hijos vuelven a tu seno
Dejando el mar de sus desgracias lleno;

Pues no los vuelve la contraria diestra,
Vuélvelos la borrasca incontrastable
Del viento, mar y el cielo, que consiente
Que se alce un poco la enemiga frente.»

No mucho después, en 1591, publicóse en Valencia *La Flor de Nuevos Romances*, de Andrés de Villalba, y en ella insertó Cervantes su celebrado romance *Los Celos*, del cual dice él mismo en el capítulo 14 del *Viaje del Parnaso*:

«Yo he compuesto romances infinitos,
Y el de *Los Celos* es aquel que estimo
Entre otros que los tengo por malditos.»

Pero este romance, que figura en todas las colecciones del autor, no es seguro que lo escribiera en Sevilla, aunque en esta ciudad residía el año de su publicación. Lo mismo debe decirse del que lleva por título *El Desdén*, atribuido a Cervantes y publicado en Burgos por primera vez en 1682 en la *Flor de Romances*, de Sebastián Vélez de Guevara.

Pero no menos que a la lírica dedicó algún tiempo a la dramática el aplaudido autor de *La Confusa* y *La Numancia*. En distintos pasajes de sus obras reveló su inclinación a este género literario. En el famoso diálogo entre el Canónigo y el Cura, en la primera parte del *Quijote* (55), expuso con admirable claridad y elegancia sus teorías sobre la comedia; teorías, por cierto, tan sabiamente comentadas por el maestro de maestros D. Marcelino Menéndez y Pelayo (56). En el prólogo de las ocho *Comedias y Entremeses*, no sólo da curiosísimas noticias sobre la forma, trajes y aparato escénico de las representaciones anteriores a su tiempo, sino que recuerda las que vió, siendo niño, al gran Lope de Rueda, algunos de cuyos versos, ya en plena ancianidad, aún recitaba de memoria. Y no menos reveló su inclinación y gusto a la *Carátula*, en aquel otro diálogo, entre cómico y satírico, de la *Adjunta al Parnaso*, en el cual, hablando del éxito de las comedias, dice «que tienen días como algunas mujeres hermosas, y que esto de acertarlas bien, va tanto en la ventura como en el ingenio.»

Pero lo que mejor demuestra su ferviente culto a la dramática fué el concierto celebrado con Rodrigo de Osorio, empresario o

«autor de comedias,» como entonces se decía, contrato que firmó en Sevilla a 5 de Septiembre de 1592. Obligóse por él a «componer dende hoy en adelante, y entregaros en los tiempos que pudiese, seis comedias de los casos y nombres que a mí me pareciere, para que las podáis representar, y os las daré escritas con la claridad que convenga, una a una, como las fuere componiendo, con declaración que, dentro de veinte días primeros siguientes que se cuenten dende el día que os entregare cada comedia, habéis de ser obligado de la representar en público, y pareciendo que es una de las mejores comedias que se han representado en España, seáis obligado de me pagar por cada una cincuenta ducados....» (57)

No es verosímil, sin embargo, que por mera afición, ni siquiera por el deseo de reverdecer en su edad madura los laureles de autor dramático, hipotecara su ingenio para escribir seis comedias en las horas perdidas de sus viajes, o en las que pudiera robar a sus ocupaciones de Comisario.... Ciertó es que el contrato no precisa el plazo, mas no es lo probable que fuera muy largo, si se admite, sobre todo, como yo sospecho, que el designio de Cervantes no fué otro que el de procurarse una ayuda de costas para poder pagar los cuarenta y siete mil maravedís que, pocos días antes, abonaron sus fiadores en Sevilla por el alcance que le resultó en las cuentas de sus comisiones en Écija (58). No merecía, en verdad, tal sacrificio una deuda de setecientos noventa y cinco reales; pero así las gastaba en punto a delicadeza y pulcritud moral el integérrimo Comisario. Ni fué éste el único concierto que firmó Cervantes con autores de comedias. En condiciones más leoninas celebró otro en Madrid con Gaspar de Porres, obligándose a darle dos comedias, la una llamada *La Confusa* y la otra *El Trato de Constantinopla y Muerte de Celín*. La primera, quince días después del contrato, y la segunda, «para ocho días antes de Pasqua de Flores primera que verná,» debiendo percibir por las dos «cuarenta ducados en reales» (59).

Pero, volviendo al contrato con Rodrigo de Osorio, ninguno de los escritores que han tocado este punto resuelven la duda de si llegó a escribir o no las seis comedias. La opinión más admitida es que no las escribió, añadiendo el Sr. Hartzenbuch, contra lo que otros críticos suponen, que *Los Baños de Argel* y *La Casa de los Celos*, aunque compuestas por aquella época, no las dió a la es=

tampa hasta que fueron incluídas con las ocho que, con los ocho entremeses, imprimió en Madrid en 1615. De la misma opinión es el Sr. Asensio, conjeturando por su parte, aunque no aduce pruebas en su apoyo, que, si bien principiaría a escribir las comedias, no las concluyó hasta muchos años después, ya por muerte de Rodrigo de Osorio, o bien por otra causa que le impidió cumplir su compromiso con Cervantes.

Contra estas opiniones formula una objeción el ilustrado catedrático y ex Rector de la Universidad de Sevilla, D. Joaquín Hazañas y la Rúa: «¿Escribió Cervantes—dice—estas comedias? ¿Son, acaso, estas seis y dos de las antiguas las ocho comprendidas en la colección impresa en 1615? Difícil es responder a estas preguntas. Inclínanse muchos a lo último, pero bien puede objetárseles, con las mismas palabras del autor en el prólogo de aquel libro, «que no halló autor que las pidiese,» y las comedias a que se refiere el compromiso con Osorio estaba éste obligado a representarlas o a pagar los 50 ducados si no las representaba en los veinte días siguientes a aquel en que Cervantes se las entregara» (60). Por último, un moderno escritor, el Sr. Cotarelo y Valledor, en un reciente libro, deduce como fruto de sus investigaciones, que ninguna de las diez comedias de Cervantes fueron escritas en 1592 para Rodrigo Osorio, adjudicándole a cada una de ellas la siguiente cronología: 1580, *Los Tratos de Argel*; 1581, *La Numancia*; 1594, *El Gallardo Español*; 1597, *El Rufián Dichoso*; 1601, *La Gran Sultana*; 1611, *Pedro de Urdemalas* y *el Laberinto de Amor*; 1613, *La Entretenida*; 1614, *Los Baños de Argel*, y 1615, *La Casa de los Cielos*, nuevo título del *Bosque Amoroso* (61).

Sea como quiera, lo cierto es que, después de su compromiso con Osorio, no consta de manera positiva que empleara su actividad en asuntos literarios de importancia, sino principalmente en seguir acopiando víveres a las órdenes de Isunsa y de Miguel de Oviedo (62), y en la nueva comisión que le fué conferida en Agosto de 1594 para recaudar los atrasos de tercias y alcabalas en el reino de Granada. Tres meses y unos días invirtió en esta cobranza, en cuyo tiempo recorrió, además de Granada, Málaga y Ronda, las ciudades de Baza, Guadix, Vélez-Málaga, Salobreña, Motril, Almuñécar, y otras menos importantes en la provincia de Jaén. Ello es que, en 15 Diciembre de 1594, se hallaba de nuevo en Sevilla, donde

dió carta de pago a Juan Lecrerque de cuatro mil reales de plata castellana, librados en Málaga en 21 de Noviembre para Francisco Pérez de Victoria (63).

Celebró por aquel tiempo el convento de Dominicos, de Zaragoza, la canonización de San Jacinto, y anunció con tal motivo siete certámenes poéticos. Acudió Cervantes al segundo, que consistía en glosar la siguiente redondilla:

«El Cielo a la Iglesia ofrece
Hoy una piedra tan fina,
Que en la corona divina
Del mismo Dios resplandece.»

Consistían los premios: El primero, en tres cucharas de plata; el segundo, en dos varas de tafetán morado; y el tercero, en unas «Horas» doradas. Era muy común por entonces celebrar en las iglesias estas fiestas literarias. En la misma ciudad de Sevilla se celebraron algunas hacia la mitad del siglo XVI, de las cuales se conserva relación impresa en el archivo de la Catedral. Una de ellas, en la capilla del Espíritu Santo y Nuestra Señora de Consolación, fundada por D. Baltasar del Río, obispo de Escalas, consistiendo el primer premio en «tres varas de raso;» el segundo en «un bonete,» y el tercero en «dos pares de guantes» (64). En el mismo Palacio Arzobispal se celebró otra fiesta, el primer día de Diciembre de 1531, en alabanza de San Juan Apóstol; presidióla el Cardenal D. Alonso Manrique, y en ella tomaron parte los poetas, bachiller Céspedes, Bernardo de la Torre, Mateo de Mariño, Diego de Quirós, Diego de Esquivel, Pedro de Salinas, Gaspar Suárez, Pedro Mejías, Andrés de Quevedo, Lázaro Bejarano, Juan Ochoa y Diego de Padilla (65). Reminiscencia de aquellas solemnes fiestas, bien que acomodadas a los gustos y circunstancias de los tiempos presentes, son las que celebra todos los años el Seminario Pontificio de Sevilla, las cuales autoriza con su presencia e ilustra con su palabra el Sr. Cardenal Almaraz.

En el Certamen de Zaragoza obtuvo Cervantes el primer premio, detalle que inclina a pensar, dado el escaso mérito de su composición, si tal resultado pudo inspirarle aquella conocida sentencia del *Quijote*, a propósito de las justas literarias: «... procure vuesamerced llevar el segundo premio, que el primero siempre se

lleva el favor o la gran calidad de la persona; el segundo se lleva la mera justicia, y el tercero viene a ser segundo, y el primero, a esta cuenta, será el tercero, al modo de las licencias que se dan en las Universidades.» La glosa de Cervantes fué leída desde el púlpito en 2 de Mayo de 1695, y al domingo siguiente se leyó en la misma iglesia la sentencia, que dice así:

«De la gran materna Delo,
Cual otro hijo de Letona,
Para hermosear nuestro suelo
Y en él recibir corona
De ingenioso y sutil vuelo,
Miguel Cervantes llegó
Tan diestro, que confirmó
En el Certamen segundo
La opinión que le da el mundo,
Y el primer premio llevó.»

Equivocóse, por cierto, al comentar estos versos, el notable cervantista, ya difunto, D. Clemente Cortejón, al suponer en su folleto *La Coartada* que Cervantes se trasladó desde Sevilla a Zaragoza para recoger el premio. El error se funda en haber tomado al pie de la letra la significación del verbo *llegar*, en el sexto verso, cuando en él se alude en sentido figurado, no a la persona del autor, sino a la composición que fué premiada. No se movió de Sevilla el laureado poeta, ni tan fútil recompensa merecía un tan largo viaje. Lo probable es que los dominicos de Zaragoza remitiesen las tres cucharas de plata a sus hermanos de orden en Sevilla, y que de manos de éstos las recibiese Cervantes.

Más conocidos que la glosa a San Jacinto, y de muy distinto carácter, son dos sonetos escritos en Sevilla, laudatorio uno y satírico el otro, dedicados, respectivamente, al Marqués de Santa Cruz y al Duque de Medina Sidonia. Publicóse el primero en el *Comentario breve.... de disciplina militar....*, compuesto por Cristóbal Mosquera de Figueroa, poeta sevillano celebrado en el *Canto de Caliope*, y a quien muchos años después encontró Cervantes de Corregidor en Écija, cuando desempeñó en dicha ciudad algunas de sus comisiones. No es seguro, sin embargo, que lo escribiera en

1596, porque, según apunta Navarrete, el licenciado Mosquera escribió un elogio de aquel famoso Capitán, que imprimió suelto en varias composiciones poéticas; pero después de su muerte lo reimprimió al fin de sus *Comentarios*, suprimiendo algunas poesías, entre ellas un romance de Ercilla, y añadiendo otras, de cuyo número es el soneto de Cervantes, el cual pudo escribirlo antes de dicho año. El segundo soneto lo publicó D. Juan Antonio Pellicer, como antes indicamos, en su *Ensayo de una biblioteca de traductores*, y después lo reprodujo, en 1800, en su *Vida de Cervantes*.

Ocurrió la muerte de Fernando de Herrera en 1597, y honró Cervantes su memoria con un soneto, también muy conocido, que comienza:-

«El que subió por sendas nunca usadas»

.

Lo encontró Navarrete en un código de 1630, que contenía varias composiciones, recopiladas, a su parecer, por Francisco Pacheco, y del cual era poseedor su amigo D. Fernando de la Serna y Santander. Es de notar que el notable hispanista Fikmauricekelli (66) estima sospechosa la autenticidad de este soneto, y, aun cuando no razona el motivo, no debe de fundarse en la cronología, sino acaso en la estructura de la composición que, por su nervio y bizarría, difiere algo del estilo poético de Cervantes. Abona, sin embargo, su autenticidad, el texto mismo de su epígrafe, el cual dice así: «Miguel de Cervantes, autor de *Don Quijote*. Este soneto hice a la muerte de D. Fernando de Herrera, y para entender el primer cuarteto advierte que él celebra en sus versos a una señora debajo de este nombre de *Luz*. Creo que es uno de los buenos que he hecho en mi vida.» Dada, por otra parte, la escrupulosidad de Navarrete en no admitir documentos que no fueran de primera mano o de una autenticidad incuestionable, es prudente mantener su dictamen mientras más seguras pruebas no demuestren lo contrario. Otros tres sonetos se atribuyen a Cervantes, escritos en Sevilla por la misma época: los intitulados *A un valentón metido a pordiosero*, *A un ermitaño*, y el descaradamente satírico dedicado al ostentoso recibimiento de la Marquesa de Denia. Apadrinó el primero, encontrado en un código de la Biblioteca Real, D. Juan An-

tonio Pellicer, que lo dió a la estampa en su *Vida de Cervantes*; y apadrina los otros dos, el Sr. Rodríguez Marín (67). Los tres pueden ser, en efecto, de Cervantes; pero la crítica, hasta ahora, no ha dictado sobre su paternidad sentencia definitiva.

Pero el soneto más conocido de cuantos escribió Cervantes, no ya en Sevilla, sino en el largo período de su trato con las musas, fué el que dedicó en 1598 al famoso túmulo levantado en la grandiosa Catedral sevillana a la muerte de Felipe II. Pocas serán las personas que, habiendo manejado en su niñez algún compendio de preceptiva literaria, no lo retenga en la memoria. Aparte la magnificencia y suntuosidad del túmulo, en cuyo ornato intervinieron artistas tan renombrados como Martínez Montañés, Gaspar Núñez Delgado, Francisco Pacheco, Vázquez Perea y Juan de Salcedo, conocido es el ruidoso incidente surgido el día de las exequias entre el Tribunal de la Inquisición y la Real Audiencia, sobre haber cubierto su asiento con un paño negro el Regente D. Pedro López Aldáez (68). Promoviósse por tan pequeño motivo un tan grande altercado, que, sin respeto a la solemnidad del acto, y sin tener en cuenta lo sagrado del recinto, hubo réplicas y réplicas y se fulminaron excomuniones en virtud de las cuales, según apunta el analista Zúñiga, se retiró el Preste del altar y se bajó del púlpito el famoso predicador maestro Bernal, permaneciendo los Tribunales sentados en sus lugares hasta las cuatro de la tarde, en que, mediando el Marqués de Algaba, consiguió la absolución de la censura. Dióse cuenta de lo ocurrido a la Corte, pero como la resolución no llegó inmediatamente, quedó el túmulo en pie desde el 24 de Noviembre hasta después de los funerales, que se celebraron los días 30 y 31 de Diciembre.

De este suceso se aprovechó Cervantes para escribir su célebre soneto, en el cual ridiculiza el carácter hiperbólico del pueblo andaluz y privativamente el de los sevillanos (69). A las cuatro variantes que de él se conocen, las cuales reprodujo con sendos escolios el benemérito escritor D. Francisco de Borja Palomo (70), de muy grata memoria para los aficionados a la historia y a las letras sevillanas, todavía ha encontrado otra el Sr. Rodríguez Marín, cuya lección difiere de las anteriores. Pero más importante es otro hallazgo muy reciente, y es un soneto, contestación al anterior, que el Sr. Rodríguez Marín atribuye a Cervantes, y que, por

estar publicado en un opúsculo no venable de 50 ejemplares, que sólo corre en manos de algunos eruditos, creo oportuno reproducir aquí, para que gusten de su lectura los aficionados a estas curiosidades cervantinas (71):

«Boasé, mi sor soldado, ¿qué se alмира?
No be que el muerto fue persona honrrada
y que para su túmulo era nada
del rrey de exito la soberbia epira? (*Sic.*)

¡Cuerpo de Dios con él! Ponga la mira
en que la misma muerte está almirada
de ber que a parte tanto lebantada
aia llegado el tiro de su bira.

¡Boto a Dios que le espantan quatro hachos
y de baieta vn bil tapis le escalda,
y un rrey muerto no le hase marabilla!

Esto dixo, torsiendo los mostachos
y alsando del sonbrero la ancha falda,
vn balenton a otro de sibilla.»

IV

Cervantes en la cárcel.—Antecedentes de la prisión.—La casa de Medrano en Argamasilla.—La cuna del "Quijote."—La cárcel de Sevilla.



El episodio relativo a la prisión de Cervantes en Sevilla, derivado, como es sabido, de las tan traídas y llevadas cuentas de las Alcabalas del reino de Granada, no está suficientemente esclarecido. Se puede inferir razonadamente, por los documentos de Navarrete, y por otros de más reciente hallazgo procedentes del Archivo de Simancas, que aquel lamentable suceso no empañó la fama del honrado Comisario; pero no se sabe cómo ni cuando terminó el expediente seguido en el Tribunal de Contaduría, ni es posible determinar con rigurosa exactitud si fué una, o si fueron dos, las prisiones que sufrió por tal motivo en la cárcel de Sevilla.

He aquí, sumariamente expuestos, los antecedentes del asunto. Antes de salir para Granada, en el verano de 1594, solicitó Cervantes una información de testigos al efecto de acreditar que su fiador, D. Francisco Suárez de Gasco, era sujeto abonado para responder de cuatro mil ducados y más (72). Practicada la información, autorizó la fianza el Licenciado Diego de Tamayo y la constituyó Suarez Gasco en 1.º de Agosto. Pero, no estimándola suficiente el contador Enrique de Araiz, reclamó Cervantes ante el Consejo de Hacienda, y éste acordó admitir la fianza, pero a condición de quedar obligados a ella Cervantes y su mujer. Otorga=

ron, en efecto, una escritura por la cual se obligaron mancomunadamente, con sus personas y bienes, a dar buena cuenta de lo que recaudara (73). Con esta garantía le fué expedida provisión real, en 23 de Agosto de 1594, fijándose en ella las cantidades que tenía que cobrar en Granada, Ronda, Loja, Alhama, Guadix, Baza, Almuñécar, Motril y Salobreña, sumando un total de dos millones cuatrocientos cincuenta y nueve mil novecientos ochenta y nueve maravedís (74).

Salió Cervantes de Madrid a los pocos días, y en 17 de Noviembre escribió al Rey, desde Málaga, dándole cuenta de lo recaudado, y, entre otras cosas, le decía: «he estado en Vélez=Málaga y, por estar la tierra apretada y los receptores no poder cobrar de los arrendadores, me he contentado de tomar cédulas del dinero para Sevilla, que me lo darán dentro de ocho días» (75). Terminada, en efecto, la comisión, que vino a durar unos tres meses, se trasladó a dicha ciudad para formalizar sus cuentas, y, con objeto de ahorrar los gastos de conducción a la Corte, entregó lo cobrado en Vélez=Málaga, o sean 7.400 reales, a un mercader llamado Simón Freyre, el cual se ofreció a entregarlos personalmente en Madrid. Pero viendo Cervantes que pasaban días sin recibir noticias de haberse efectuado el pago, vino a la Corte con la ansiedad consiguiente, encontrándose con lo que ya él sospechaba y temía: que Freyre, abusando de su buena fe, no había efectuado el pago. Sin pérdida de tiempo le escribió a Sevilla, y no en balde, porque consiguió, por el pronto, que se encargara del pago otro portugués llamado Gabriel Rodríguez. Su conducta, sin embargo, no fué mejor que la del mercader; y no fué esto lo peor, sino que, en este tiempo, ocurrió la quiebra de Freyre, el cual desapareció de España con 60.000 ducados.

Tamaña contrariedad para un hombre de tan escasos recursos, obligó a Cervantes a volver a Sevilla con esperanza de recobrar los 7.400 reales; pero ya era tarde: todos los bienes de la quiebra habían sido embargados. Elevó entonces un escrito a la Contaduría Mayor refiriendo lo ocurrido y solicitando que, en atención a ser de la Hacienda la cantidad que entregó a Freyre, fuera preferida en el concurso de acreedores. Accedióse a esta petición y, con fecha 7 de Agosto de 1595, se expidió Real provisión al Dr. Bernardo de Olmedilla, Juez de los Grados de la ciudad de Sevilla, el cual

cobró, aunque tarde, la expresada cantidad, girándola en 22 de Noviembre de 1596 al tesorero general D. Pedro María de Tovar (76).

Con esto parecía terminado el conflicto, pero no fué así: otro de mayor gravedad y transcendencia, derivado del anterior, amargó los días del infortunado Comisario. Sucedió, en efecto, que, ya por la tardanza en rendir Cervantes sus cuentas, ya porque no inspirase confianza su fiador, o bien por mera suspicacia de los contadores, lo cierto es que la Contaduría Mayor de Hacienda requirió a Suárez Gasco para que presentase las cuentas de la comisión dada a Cervantes. Contestó que no las podía presentar por estar aquél en Sevilla y obrar en su poder todos los papeles; en vista de lo cual se expidió otra provisión en 6 de Septiembre, al Licenciado Gaspar de Vallejo, Juez de la Real Audiencia de los Grados de Sevilla, para que Cervantes diera fianzas de que «dentro de veinte días se presentaría en la Corte a pagar el alcance que se le hiciere....», y «no dándoos la dicha fianza—dice—le pondréis y enviaréis preso y a buen recaudo a la Cárcel Real de esta mi Corte, a su costa, a donde se entregará al Alcaide de ella hasta que por los dichos Presidente y Contadores de la dicha mi Contaduría se provea y mande otra cosa» (77).

Sin duda Cervantes no pudo presentar las fianzas que se le exigían, cuando el juez Vallejo, en lugar de enviarle a la Corte, que era lo ordenado en la provisión Real, sin andarse por las ramas y sin encomendarse a Dios ni al diablo, le zampó en la cárcel. Recurrió al Rey de semejante atropello el infortunado manco, representándole la imposibilidad de dar las fianzas por estar fuera de su casa, y a la vez le suplicaba que, pues la cantidad que él debía era muy poca, le soltara de la cárcel para poder venir a la Corte a fenecer su cuenta. Fué informada esta petición por la Contaduría Mayor de Hacienda, y como resultase que sólo tenía un alcance de setenta y nueve mil ochocientos cuatro maravedís, o sean dos mil trescientos cuarenta y siete reales, se ordenó a Gaspar de Vallejo por carta del Rey, fecha 1.º de Diciembre del mismo año, que si Cervantes daba fianzas «legas, llanas y abonadas a satisfacción del Juez,» se le soltara de la cárcel para que viniera a Madrid a rendir la cuenta y satisfacer el alcance que por ellas se le hiciere (78).

Con esta condición quedó en libertad; pero no consta que vi-

niera a Madrid, antes bien, continuó en Sevilla, puesto que, según los apuntes o anotaciones de un libro manual de cargos y resultas que existía en el Archivo del Tribunal de Contaduría, fué requerido nuevamente en Febrero de 1599 para que compareciese en Madrid, dentro de treinta días, a rendir las indicadas cuentas (79). Tampoco consta que respondiera a este requerimiento, por cuanto los Contadores de Valladolid, Juan de Gamboa y Bartolomé de Sardeneta, informaron, en 14 de Septiembre de 1601, que tenía un alcance de veintinueve mil ochocientos cuatro maravedís de lo recaudado en Vélez-Málaga (80). ¿Y no podría explicarse esta resistencia de Cervantes a rendir sus cuentas por ser inferior su alcance a los salarios y otros gastos que él tuviera reclamados, cuya justificación debía de ser tan clara y precisa que no le inquietaban los requerimientos de los Contadores?

Sea como quiera, lo cierto es que, con motivo de haber presentado para descargo de una cuenta, el receptor de Baza, Gaspar Osorio, una carta de pago que le dió Cervantes en 1594, preguntó el Tribunal a los Contadores si éste había dado cuenta de la comisión. Informó la Contaduría, en 24 de Enero de 1603, que tenía un descubierto de dos mil seiscientos y pico de reales; y luego añade: «y para que viniera a dar la cuenta se han dado cartas para que el Sr. Bernabé Pedroso (Proveedor general de la Armada) le soltara de la Cárcel, donde estaba, en Sevilla, dando fianzas de venir a darlas dentro de cierto término, y hasta ahora no ha venido a darlas, ni hay razón de las diligencias que se han hecho» (81). Este documento, que, como puede apreciarse, es casi reproducción de la carta dirigida al juez Vallejo en 1.º de Diciembre de 1597, ha dado pie para que algunos escritores admitan, como cosa averiguada, que, con independencia de la primera prisión, sufrió otra por la misma causa, también en Sevilla, en 1602 o principios de 1603.

El asunto, sin embargo, no resulta claro. Téngase en cuenta, en primer lugar, que no se indican las fechas de las cartas dirigidas a Pedroso, ni se han encontrado estos documentos, cosa tanto más extraña cuanto que obran en el expediente las dirigidas al juez Vallejo. Es, además, extraño, aun suponiendo que Pedroso fuera Proveedor general en 1602, lo cual no está comprobado, que se dirigieran a él las órdenes para prender y soltar a Cervantes,

y no se dirigieran al Juez o al Alcalde, únicas autoridades que ejercían jurisdicción en lo civil y en lo criminal. Fuera de esto, si la carta salió de Valladolid a fines de Enero de 1603, lo más pronto, ¿cómo se explica que Cervantes estuviera en la misma ciudad el 8 de Febrero del mismo año? ¿Ni cómo se explica entonces que, a pesar de los apremiantes requerimientos de los Contadores, continuara en Valladolid preparando tranquilamente la publicación de su libro inmortal? Creo, pues, que no hubo más prisión que la del otoño de 1597, si bien, por error de los Contadores, o por el desconcierto que reinaba entonces en la Hacienda, tomaron por una nueva carta dirigida a Pedroso la misma que se dirigió al juez Vallejo en 1.º de Diciembre de 1597. Todas estas dudas, por supuesto, estarían ya resueltas de haberse conservado los libros de entrada y salida de presos en la cárcel de Sevilla, libros en los cuales constarían detalles interesantísimos sobre la prisión de Cervantes; pero todos ellos, más los papeles de los oficios del crimen de la Audiencia, fueron quemados por la plebe en la Plaza de San Francisco durante el famoso motín que al grito de «¡Viva el Rey y abajo el mal Gobierno!» estalló en el barrio de la Feria en 22 de Mayo de 1652 (82).

Lo cierto es que al salir de la cárcel continuó Cervantes en Sevilla dedicado a negocios y agencias particulares, quedando de su estancia en este último período los siguientes datos: En 28 de Abril de 1598 suscribió la relación jurada del trigo que sacó de Teba, en 1592, su ayudante Nicolás Benito (83); en 15 de Septiembre, diciéndose vecino de la collación de San Isidro (hoy San Isidoro), se obligó a satisfacer a Jerónimo Luís de Molina, doscientos veinte reales por once varas de raja cabellada, a veinte reales vara, que le había comprado a cuenta (84); en 4 de Noviembre, viviendo en la misma collación, se obligó a pagar a Pedro de Rivas, vecino de Triana, doce ducados por dos quintales de bizcochos que le compró; y en 10 de Febrero de 1599, llamándose «criado de S. M.» y viviendo en la misma collación de San Isidro, recibió noventa ducados que le debía D. Juan de Cervantes, hijo, probablemente, de su tío Andrés, el hermano de su padre. A partir de esta fecha no consta su residencia en Sevilla hasta el 2 de Mayo de 1600, en que, diciéndose vecino de la collación de «San Niculás,» figura como testigo en una petición de Agustín de Cetina, Pagador de la

Armada, para que se le incluyera en el padrón de vecinos (87).

Esta es la última estancia conocida, de Cervantes en la ciudad del Bétis. Lo que no se sabe es si, en el lapso de tiempo comprendido entre Febrero de 1599 y Mayo de 1600, continuó en Sevilla o vino a Madrid. Es más verosímil lo segundo y que fueran asuntos de familia el motivo de su viaje. Digo esto, porque ocurrió por entonces el fallecimiento de Ana Francisca de Rojas, ya viuda de Alonso Rodríguez, madre de Isabel de Saavedra, la hija natural de Cervantes. Con este motivo, Isabel y su hermana de madre, Francisca, ya mayores de doce años, pero menores de veinticinco, nombraron curador *ad litem*, en 9 de Agosto de 1599, a Bartolomé de Torres, para que las cobrara sus bienes, las siguiera sus pleitos y las pusiera a soldada. En efecto, dos días después entró Isabel al servicio de su tía D.^a Magdalena, arbitrio cariñoso empleado por Cervantes para confiar a su hermana el cuidado y educación de su hija, hasta que D.^a Catalina, su mujer, consintiera, como consintió más tarde, admitirla como hija en el domicilio conyugal (88).

¿Pero en qué cárcel se engendró la primera parte del *Ingenioso Hidalgo*? ¿Fué en la de Sevilla, como muchos creen, o fué en la de Argamasilla de Alba, como otros afirman y sostienen? La opinión de Navarrete en este punto comenzó por ser dudosa, inclinándose más bien a la segunda. Hacía mucha fuerza en su ánimo una tradición general y constante en aquel pueblo, según la cual, comisionado Cervantes para cobrar los diezmos que se debían al Gran Priorato de San Juan, alborotáronse los vecinos, y, después de maltratarle, le pusieron preso en la casa de un tal Medrano, Alcalde del pueblo, donde permaneció tres o cuatro años. Daba autoridad a esta tradición una supuesta carta de Cervantes a un D. Juan Bernabé de Saavedra, de Alcázar de San Juan, a quien suponían tío suyo, en la cual imploraba su auxilio para que le sacara de tan triste situación, carta que tenía en su poder un Sr. Liaño, y de la cual sólo es conocido el principio, que decía así: «Luengos días y menguadas noches me fatigan en esta cárcel, o mejor diré caverna.» Pero este documento, no obstante las investigaciones practicadas al efecto, no consiguió verlo Navarrete, ni consta que antes ni después lo haya visto nadie.

Concedía, además, mucha importancia el sesudo escritor, no sólo al hecho de poner Cervantes la patria nativa del *Ingenioso Hi-*

dalgo «en un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quería acordarse,» sino en el de haber sido aquella región el teatro principal de las aventuras de su héroe. De aquí el haber escrito a su amigo D. Tomás González preguntándole si existía en el Archivo de Simancas algún antecedente que descubriera el paso o la permanencia de Cervantes en cualquier pueblo de la Mancha. Nada encontró el diligentísimo sacerdote; antes bien, al comunicarle el resultado de sus investigaciones, le decía en carta de 10 de Mayo de 1819: «También he practicado largos reconocimientos con el objeto de averiguar si aquí constaba algo que acreditara la tradición y opinión vulgar de que Cervantes fué preso en la Mancha y allí compuso el *Quijote*. No he hallado nada de esto, y por todos los pasos que se han averiguado documentalmente de su vida, de 1588 hasta 1603, conjeturo que esta fábula se engendró en Sevilla en 1595 hasta 1603» (89).

Aceptado por Navarrete este criterio, quedó terminada por el pronto la cuestión; pero la renovó con mayores bríos, en 1863, el insigne académico D. Juan Eugenio Hartzenbuch, el cual, no sólo defendió a capa y espada la tradición de la casa de Medrano, sino que admitía la especie de haber tomado el nombre de *Don Quijote* de un hidalgo de Argamasilla llamado D. Rodrigo Pacheco. El dato que aduce en apoyo de su tesis es de lo más curioso que se registra en este asunto. Se trata de un retablo de la parroquia de dicho pueblo con un lienzo de Nuestra Señora, y debajo, en oración, una dama y un señor, ella joven y menos joven él, de rostro largo y estrecho, ojos espantadizos y largos bigotes, a quien no acomodaría mal—dice el Sr. Hartzenbuch—el título de «Caballero de la Triste Figura.» Debajo del lienzo hay el siguiente rótulo: «Apareció Ntra. Sra. a este caballero estando malo de una enfermedad gravísima, desamparado de los médicos, víspera de San Mateo, año de MDCI, encomendándose a esta Sra. y prometiéndole una lámpara de plata, llamándola de día y de noche del gran dolor que tenía en el cerebro de una gran frialdad que se le quajó dentro.» Para el vulgo de aquel pueblo, el caballero anónimo es el retrato de *Don Quijote*, y en tal concepto lo muestran a los forasteros, como también muestran la casa donde suponen que vivió D. Rodrigo, y la ventana por la cual, relegados a las vengadoras manos del ama los libros que no se salvaron en el escrutinio,

volaron al corral para ser condenados al fuego. La verdad es que, de no verlo escrito, no se concibe que un tan gran literato recurriera, en apoyo de sus opiniones, a tan ridículas patrañas.

Pero no tardó en salirle al paso su amigo y compañero, el no menos insigne académico, D. Aureliano Fernández Guerra, el cual, apoyado en la *Relación de la Cárcel de Sevilla*, y en los muchos detalles que contiene sobre la vida interior de dicha cárcel el entremés del mismo título, que, si bien impreso entre las obras dramáticas de Lope de Vega, lo reivindicó para Cervantes el erudito D. Bartolomé José Gallardo y el mismo D. Aureliano, dedujo éste que la cárcel a que se alude en el prólogo de la primera parte del *Quijote* no puede ser otra que la de Sevilla (90). Mas no fué este su principal argumento; adujo otro de mayor importancia crítica, y es que, según consta documentalmente, durante el siglo XVI no hubo en Argamasilla de Alba familia alguna de apellido Medrano, ni tenía cárcel aquel pueblo, sino que, cuando era necesario asegurar algún reo de importancia, le llevaban al castillo de Peñarroya, distante dos leguas a orillas del Guadiana, remitiendo los demás a Alcázar de San Juan, cabeza del partido (91).

Eco fiel de esta opinión fué el gran cervantista hispalense señor Asensio, el cual reforzó la argumentación con aquel final del capítulo XIV de la primera parte del *Ingenioso Hidalgo*, en el cual, después de asistir los caminantes al entierro del pastor *Crisóstomo*, rogaron a *Don Quijote* «se viniera con ellos a Sevilla;» palabras que indican, en efecto, la estancia de Cervantes en dicha ciudad cuando las escribía. Pero, ¿cómo es posible que Cervantes, por los motivos que invocan los defensores de esta leyenda, ni por ningún otro, hubiera estado preso dos o tres años en una casa particular? ¿Ni cómo pudo ser la de Argamasilla la cárcel a que alude el prólogo del *Quijote*?

Véase, en cambio, lo que decía Morgado de la cárcel de Sevilla en 1586: «Vese a la boca de la calle de la Sierpe, por la puerta de la Plaza de San Francisco, la Cárcel Real, que campea más que otras casas y se deja bien conocer aun de los más extranjeros. Así por el concurso de la gente innumerable que sin cesar entra y sale por su principal puerta a todas las horas del día y de la noche, como también por los letreros que tiene sobre su gran portada con las armas reales y de Sevilla.... Al postigo de la puerta

principal asiste constantemente un Sotalcaire y asimismo un escribano llamado de las entradas. Cuyo cargo es poner por escrito en su libro los nombres de cuantos llevan presos y sus causas y los nombres de los alguaciles y de los jueces que dieron mandamientos.... Esto así hecho, el Sotalcaire se entrega de los nuevos presos avisando a otro segundo portero, guarda de una fuerte puerta y reja de hierro. El aviso es llamarle primero por esta palabra: ¡Hola! Y el primero dice: Allá va un preso, y el otro le pregunta ¿porqué? Respóndele el de la puerta principal. Por tal o tal delito, conforme la relación de la justicia que le trajo preso. Todo lo cual se dice en pública y alta voz. El portero segundo da este mismo aviso a otro tercero que tiene frente de sí, que también guarda otra reja y puerta de hierro por la cual se entra a unos corredores que son sobre un grande patio, con una fuente en medio que corre siempre agua de los caños de Carmona. Los corredores, patios y aposentos de los presos de aquesta tercera puerta para adentro es todo franco a cualesquiera delincuente. No obstante que para los incorregibles y facinerosos son allí las galeras nueva y vieja y la Cámara del Hierro, con otros calabozos fuertes y temerosos. Y, por el contrario, otros cuartos de por sí con salas más decentadas para la gente de más calidad y menos delitos. Raras veces bajan de 500 los hombres presos que hay en esta Cárcel Real y muchas suben de 1.000 y llegan a 1.500. Casi todos andan sueltos, sin prisiones, por uso de la Cárcel de Sevilla. Pero ver la chusma de tantos presos tan asquerosos, desarrapados y en vivas carnes, su hedor, confusión y vocería, no parece sino una verdadera representación del infierno en la tierra.... Cuando van a ajusticiar cualesquier preso, todos los demás.... hincándose de rodillas, le cantan las letanías. Los que van a morir pasan por medio de ellos y allí se despiden y perdonan los unos a los otros....» (92).

¿Dudará nadie, después de esta lectura, que aquella cárcel en que TODA incomodidad tenía su asiento y TODO ruido hacía su habitación, no podía ser otra que la de Sevilla, y de ningún modo la casa de Medrano? Se comprenderá por todo esto que sean muy pocos los que todavía sostienen la prisión de Argamasilla. Los críticos más autorizados la rechazan. Ni en los archivos de aquel pueblo, ni en los del Toboso, ni en los nacionales, se ha encontrado nada que la justifique o que la haga, al menos, verosímil-

Lo verosímil, suponiendo que tenga algo de verdad histórica la tradición de la Mancha, es que se refiera, nó a Miguel de Cervantes el de Alcalá de Henares, sino a su homónimo, más joven, el de Alcázar de San Juan. En cuanto a la carta dirigida a D. Juan Bernabé de Saavedra, que tanto juego ha dado en este asunto suponiendo que por el segundo apellido era tío de Cervantes, la considero una invención de los obstinados en mantener la prisión de Argamasilla. Ignoraban los que la amañaron que, si bien el padre de Cervantes y Cervantes mismo, usaron aquel apellido, no fué por ser el correspondiente a sus respectivas madres, sino por el próximo parentesco de sus antepasados con la familia ilustre de los Saavedras de Sevilla (93).

Nadie, pues, con fundamento, podrá quitar a la antigua cárcel de la calle de las Sierpes la gloria de haber encerrado entre sus muros al insuperable pintor de la vida rufianesca. Por cierto que aquel histórico edificio, ya restaurado en 1418 por la munificencia de la insigne sevillana D.^a Guiomar Manuel, sería hoy, de haberse conservado, el más interesante monumento de la gran ciudad andaluza (94). ¡Con cuánta veneración lo visitarían nacionales y extranjeros, para rendir a la memoria del soberano escritor el debido tributo de admiración y de respeto! ¡Con cuánta curiosidad y reverencia buscarían, si ya no estaba indicado, el infecto aposento que ocupó Cervantes, así como las famosas puertas llamadas del *Oro*, de la *Plata* y del *Hierro*!...—¿Pero a qué conduce conservar estas antiguallas?—preguntarán, con desdeñoso gesto, los escépticos del arte y los incapacitados de sentir otros goces que no sean los provenientes de los sentidos?.... El mero fin utilitario, la vergonzosa indiferencia por la conservación de los monumentos históricos y la frecuente incultura de algunas autoridades, aun en poblaciones de primer orden, van consumiendo poco a poco, sin protesta de nadie, pero no sin lágrimas de las personas de buen gusto, el rico tesoro de las reliquias nacionales.

Ello es que, trasladados los presos en 1837 al extinguido convento del Pópulo (95), de frailes Agustinos, donde aún continúa recluyéndose, aunque parezca increíble, la enorme población penal de Andalucía, fué demolida el mismo año la vetusta cárcel, sin respetar siquiera la gran portada, de muy «decente ornato,» la cual tenía por remate, labrada en piedra, la figura de la Justicia con

la espada levantada en la mano derecha y el peso enfilado en la izquierda.... Sobre aquel perímetro se construyó después un edificio particular, sin carácter y sin estilo, el cual ocupa hoy una sociedad aristocrática, bien que conocida con la rústica denominación de Círculo de Labradores. La Real Academia Sevillana de Buenas Letras, con plausible celo, honró la memoria de Cervantes y se honró ella misma colocando en la fachada de este moderno edificio una inscripción conmemorativa, por la cual se enteran los curiosos transeuntes de que allí estuvo la célebre cárcel en la cual se engendró la creación más peregrina del ingenio español y también del ingenio humano.

V

Movimiento literario de Sevilla en tiempo de Cervantes.—La tertulia de Pacheco.—El retrato de Jáuregui.—Los amigos de Cervantes.—El mesón de Tomás Gutiérrez.



COINCIDIÓ la estancia de Cervantes en Sevilla con el florecimiento de las letras españolas en la segunda mitad del siglo XVI. Era muy común por entonces la afición a la poesía. Ninguna condición social desdeñaba su cultivo; antes bien, dignatarios y grandes de la Corte lo tenían a gala y hacían singular aprecio de los aplausos que con tal motivo recibían. El título de poeta, por sí sólo, abría las puertas al favor, ya que no a la estimación y al respeto público. Jactábanse de protegerlos los príncipes y los magnates; y aun las mismas damas, de suyo desdeñosas y esquivas, eran blandas y accesibles a sus amorosos requerimientos. En Sevilla había un enjambre de ellos. Desde el Asistente, Conde de Monteagudo, hasta el humilde religioso, Miguel del Cid, popular autor del himno a la Concepción Inmaculada, no había profesión ni oficio donde no se encontraran improvisadores y copleros. Congregábanse en tertulias o academias donde celebraban justas y certámenes poéticos, y adjudicábanse los premios con gran solemnidad, corriendo luego manuscritas para ser celebradas entre los aficionados, las poesías de los vencedores.

Era la metrópoli andaluza, no sólo emporio de riqueza, ostentación y lujo y la primera plaza comercial de Europa, sino centro

de cultura y de intensa vida intelectual. Sin contar el ya citado de San Hermenegildo, el no menos famoso de Santo Tomás, fundado por el Arzobispo Deza, ni el más antiguo de todos, el de San Miguel, sostenido por el Cabildo, casi todas las comunidades religiosas tenían colegios propios. Existían, además, cátedras particulares, donde emprendían o completaban sus estudios, en todo género de literarias disciplinas, gran número de escolares. Es digna, entre ellas de especial mención, por haber sido continuadora en doctrina y método de la fundada por el famoso Antonio de Nebrija, la del maestro Francisco de Medina, llamado *El Griego*, que luego ocupó Juan de Mal-Lara en la calle de Catalanes, y más tarde en la Laguna, (hoy Alameda de Hércules), y de la cual fueron discípulos Mateo Alemán, Gutiérrez de Cetina, D. Juan de Arguijo, Rodrigo Fernández de Rivera, Baltasar de Alcázar, don Juan de Jáuregui y Francisco de Rivera, algunos de los cuales, ya en plena liza literaria, coincidieron con Cervantes en la renombrada Atenas Española. La Universidad hispalense, o sea el Colegio Mayor de Maese Rodrigo, era, después de la salmantina y de la complutense, la más famosa y concurrida de todas. Su claustro de doctores, al decir de Rodrigo Caro (96), no desmerecía de ninguna otra, y de sus aulas salieron, para prez y gloria de nuestras letras, una pléyade ilustre de varones insignes.

Claro es que las tertulias o academias arriba indicadas no eran organismos oficiales a la manera de las de hoy, regidos por Estatutos, a los cuales hay que sujetar el número de sus individuos y la índole de los trabajos. Eran sencillas reuniones de artistas y literatos, donde, no sólo concurrían los ingenios sevillanos sino cuantos con aficiones literarias se detenían algún tiempo en la gran ciudad del Bétis. Distinguíanse en aquella época por la calidad y número de los concurrentes, la del Duque de Alcalá, la de don Juan de Arguijo y la del pintor y poeta Francisco Pacheco, sobrino del docto humanista del mismo nombre y padre de doña Juana Pacheco, la mujer del gran Velázquez. Pero las noticias que han quedado de estas academias son tan vagas, que cuanto sobre ellas se diga en sus relaciones con Cervantes no puede salir del terreno de las conjeturas.

De la de Francisco Pacheco, que es la más importante a nuestro propósito, sólo se sabe lo que de ella dijo Rodrigo Caro en

sus *Claros Varones*... (97), que «era academia ordinaria de los más cultos ingenios de Sevilla y forasteros,» noticia que apadrinó Navarrete, dando por cierto, no sólo que Cervantes concurría a ella, sino que fué incluido en el famoso *Libro de Retratos* comenzado por Pacheco en 1598 y que dejó sin terminar a su muerte, en 1649 (98). Con la misma seguridad se expresó el Sr. Asensio, formulando, por su parte, una conjetura de gran resonancia en aquel tiempo y que no debe omitirse en este estudio. Suponía el distinguido escritor que, retratado Cervantes por Pacheco para su libro, lo tomó después para trasladarlo como figura episódica, convertido en barquero, a un cuadro que pintó para el Convento de la Merced, el cual representa un pasaje de la vida de San Pedro Nolasco, cuadro que hoy se conserva en el Museo Provincial de Sevilla (99). Muy doctos y graves escritores apadrinaron esta conjetura, entre ellos D. José María de Álava, D. Cayetano Alberto de la Barrera, D. Juan E. Hartzenbuch y D. Nicolás Díaz de Benjumea. Confesaban, en efecto, todos ellos que la fisonomía viva, inteligente, y hasta en cierto grado picaresca, del barquero, correspondía mejor que otros supuestos retratos de Cervantes a la idea que de él tenían formada por la lectura de sus obras. Sin embargo, el voto autorizado y en este caso decisivo del señor Menéndez y Pelayo, sepultó para siempre tan ingeniosa conjetura. No negó el insigne polígrafo que era más digno de Cervantes tal retrato que el regalado a la Academia Española a fines del siglo XVIII por el Sr. Conde del Águila; ni dejó de reconocer el mérito del Sr. Asensio en haber desacreditado «la tiesa e insignificante efigie de la estirada golilla,» pero al lado de esto advertía que, para conceder la autenticidad al retrato, faltaba la plena prueba histórica que exige algo más que indicios, por razonables que ellos sean (100).

No es posible, pues, determinar, hoy por hoy, si Cervantes fué retratado por Pacheco, ni si era uno de los concurrentes a la tertulia de la calle de la Alameda, (hoy de Trajano). Para mayor confusión en este punto, sucede que, habiendo sido loados en el *Viaje del Parnaso*, Fernando de Herrera, Pablo de Céspedes, Baltasar de Alcázar y otros ingenios sevillanos, amigos todos de Pacheco y concurrentes, por tanto, a su tertulia, éste, sin embargo, deliberada o inconscientemente, fué preterido en aquel pasatiempo poético. El

mismo olvido padeció Pacheco por lo que respecta a Cervantes; porque la verdad es, que, ni le incluyó en el *Libro de Retratos*, en la parte, al menos, rescatada por el Sr. Asensio, ni le nombra por incidencia en ninguno de los elogios biográficos que puso al pie de cada personaje. ¿Estaría, empero, incluido en otra de las partes en que se dividió el libro al morir su autor, según apunta el analista Zúñiga, partes que, por desgracia, no han sido encontradas? (101). Así opinan algunos; pero ya es significativo que Cervantes, siempre pródigo en alabanzas y en manifestaciones de gratitud por los favores que recibía, no tuviera para el retrato, ni para su autor, el más leve recuerdo.

A pesar de estas obscuridades, pretenden algunos cervantistas, no como conjetura, sino como si les constara de propia ciencia, que la tertulia de Pacheco era hartó aristocrática para que le franquearan la entrada al «mísero Adán de los poetas.» Pero este argumento, a juicio mío, no es admisible en sana crítica. Ciertó es que la posición social de Cervantes y su significación literaria en aquel tiempo eran bien modestas; pero no hasta el punto de poder considerarle como un indocumentado ni como un advenedizo en la República de las Letras. Sobre haber publicado, en 1584, su novela pastoril, *La Galatea*, gozaba, como dramaturgo, de ventajoso crédito, y de ello es claro testimonio su contrato con Rodrigo Osorio. Ciertó es también que el oficio de comisario, por los abusos que algunos de ellos cometían, no era de los más prestigiosos; ¿pero estaban acaso mejor reputados los demás oficios del reino, comenzando por la administración de justicia? He aquí lo que decía de ella el licenciado Porras de la Cámara en la Memoria que escribió al Arzobispo electo, D. Fernando Niño de Guevara, sobre el mal gobierno y corrupción de costumbres en Sevilla: «.... ninguna administración de justicia, rara verdad, poca vergüenza y temor de Dios; menos confianza; ninguno hace su oficio ni se pone en su lugar; todo se vende, hasta los Santísimos Sacramentos y su administración; ninguno se conoce ni trata conforme a su estado y cualidad; los dos polos que mueven este orden son dones y doñas; aquí no azotan sino al que no tiene brazos, ni perece ningún delincuente sino el que padece necesidad y no tiene que dar a los escribanos, procuradores y jueces....»

Algo más aristocráticas que la de Pacheco fueron, en Madrid,

la academia llamada *Selvaje* y la del Conde de Saldaña, y, sin embargo, ni la una ni la otra le cerraron sus puertas al infortunado escritor. Y no sería, ciertamente, por haber mejorado de fortuna, ni por ser más encumbrada su jerarquía social. Acaso su pobreza en Madrid fué mayor que la padecida en el largo período de sus comisiones en Andalucía. Así se deduce, al menos, de la conocida carta de Lope a su protector, el Duque de Sesá, en la cual, hablándole de una sesión de la segunda de dichas academias, le decía: «que había leído unos versos con unos anteojos de Cervantes que parecían huevos estrellados mal hechos.» ¡Qué extremo de pobreza no acusa este detalle ocular!... El único motivo que podía dificultar, ya que no impedir, la amistad de Cervantes con aquel patriciado literario, era su prisión en 1597. Pero bien sabido es que esta prisión, como la de Castro del Río en 1592, y como la de Valladolid, en 1605, no la sufrió por haber cometido ningún acto delictivo, sino por haber sido víctima de la injusticia o de la imprevisión, cuando no del cumplimiento de nobilísimos deberes de caridad cristiana, como ocurrió en Valladolid con la muerte de Ezpeleta.

Ni fué Cervantes el único funcionario de aquella época cuya gestión administrativa suscitó recelos a los Contadores de la Real Hacienda; ni el único tampoco que por sospechas de alcances en sus cuentas fué encarcelado y perseguido. En el mismo caso se encontraron, entre otros, el famoso autor de *Guzmán de Alfarache*, el juez comisionado para la cobranza de la villa de Porcuna, Juan Fernández de Salazar, y el Tesorero general de las Salinas del Reino, Pedro Ortiz de Écija. ¿Pero qué prueba más elocuente de que nada perdió Cervantes en el concepto público por aquella prisión, que el hecho de haberla recordado él mismo en el prólogo del *Quijote*? Otra prueba de ello es que, después de salir de la cárcel, no sólo mantuvo amistad con personas significadas de Sevilla, como D. Fernando Álvarez de Toledo, señor de Cigales, sino que fué invitado con otros ingenios sevillanos a dar mayor esplendor con sus composiciones poéticas al famoso túmulo de Felipe II. ¿Hubiera merecido tan honrosa distinción de no estar considerado como persona digna y honorable?

Otros motivos quizás, de muy distinto orden, pudieron influir para no formar parte de la academia de Pacheco. Posible es que,

en mayor o menor grado, ocurriera en ella lo mismo que en otras de Madrid, a las cuales aludía en su *Plaza Universal*, impresa en 1915, el Dr. Cristóbal Suárez de Figueroa: «En esta conformidad—dice—descubrieron los años pasados algunos ingenios de Madrid semejantes impulsos (de establecer una academia), juntándose con este intento en algunas casas de señores; mas no consiguieron el fin. Fué la causa quizás, porque, olvidados de lo principal, frecuentaban solamente los versos aplicados a diferentes asuntos. Nacieron de las censuras, fiscalías y emulaciones no pocas voces y diferencias, pasando tan adelante las prevenciones, arrogancias y arrojamientos, que, por instantes, no sólo ocasionaron menosprecios y denuncias, sino también peligrosos enojos y pependencias, siendo causa de que cesasen tales juntas con toda brevedad» (103). Pues si esto mismo ocurría en la tertulia de Pacheco, lo cual es muy probable, ¿qué extraño es que Cervantes, enemigo de ruines competencias y de bajas pasioncillas, no quisiera alistarse en ella?

Con quien Cervantes tuvo amistad, sin ningún género de duda, fué con el también pintor y poeta, de ilustre familia sevillana, don Juan de Jáuregui. Pero no es posible precisar si esta amistad nació en Sevilla, ni si fué allí donde hizo el retrato a que alude Cervantes en el prólogo de sus *Novelas*. Cuestión es esta de un interés extraordinario en los momentos actuales, por estar muy divididas las opiniones de los críticos acerca de si es o no el retrato auténtico de Jáuregui el descubierto en Oviedo, hace seis años, por don José Albiol, retrato que hoy ocupa lugar preferente en la Sala de Sesiones de la Real Academia Española. La cuestión, por lo que a este estudio se refiere, debe limitarse a examinar si tomado el tal retrato del natural lo pudo pintar en Sevilla el ilustre traductor del *Aminta*. La base de esta comprobación es un letrero colocado en la parte inferior del retrato, que dice así: «Juan de Jauregui pinxit año 1600.» Pero hay que advertir que la última cifra, por estar algo borrosa, puede confundirse con un *seis*, aun cuando los que la han visto de cerca se inclinan a creer que es un *cero*. En este supuesto, es decir, si se trata del año 1600, es muy verosímil que el retrato se hiciera en Sevilla, pues consta documentalmente que estuvo en ella Cervantes dicho año.

Objetan, sin embargo, algunos críticos, y entre ellos Mr. Foulche-Delboch, que aun cuando el retrato está muy lejos de ser una

obra maestra, es poco verosímil que lo pintara Jáuregui a los diez y siete años, pues esta era su edad en aquella fecha con arreglo a su partida de bautismo, publicada por el Sr. Jordán de Urries en 1899. Y esta inverosimilitud sube de punto si en vez de computar la edad por la partida de bautismo, cuya copia puede estar equivocada, se computa por una declaración del propio Jáuregui, en escritura de 11 de Mayo de 1609, en la cual dice: «de edad de veinticuatro años y menor de veinticinco,» en cuyo caso, sólo tenía quince años el de 1600. De cualquier manera, ya se tome el primero o el segundo cómputo, es mucha precocidad para un artista hacer un retrato a los diez y siete años.

Prescindiendo de la cronología, aunque juega en este asunto un papel importantísimo, es también dudoso para Fitmaurice Kelli que Jáuregui retratase a Cervantes en Sevilla, porque, separados por grandes diferencias de edad y posición social, no considera fácil, caso de haberle conocido en dicha ciudad, que también lo pone en duda, que existiera entre ellos una íntima amistad. Es muy extraño, por otra parte, tratándose de un retrato de tan escaso mérito artístico, que hiciera Cervantes especial mención de él a los doce o trece años de haber sido pintado. Más verosímil es la autenticidad si se toma la fecha de 1606; pero, en este caso, no pudo pintarlo en Sevilla, porque en dicho año, según todos los indicios, residía Cervantes con su familia en Madrid o en Valladolid. Bueno es, sin embargo, esperar la contestación que han de dar a estas y otras objeciones (según tienen anunciado) los fervientes defensores del retrato hecho en Sevilla, contestación que esperan con vivísimo interés, no sólo los cervantistas sino todas las personas cultas (104).

Aunque no la prueba plena, hay suficientes indicios para sospechar que una de las personas de Sevilla con quien trabó amistad Cervantes, siendo acaso confidente suyo en los trabajos literarios, fué el ya mencionado Porras de la Cámara, colector de varias composiciones manuscritas, encuadradas en un tomo, que, si bien lleva por título *Compilación de Curiosidades Españolas*, es más conocido entre los cervantistas por el nombre de *Compilación o Códice de Porras*. Formado este libro, como es sabido, para servir de esparcimiento al Arzobispo D. Fernando Niño de Guevara durante su estancia veraniega en Umbrete, contiene, entre otras composiciones, algunos cuentos y agudezas del P. Juan Farfán; un

elogio de Porras al licenciado Francisco Pacheco; una *Floresta* de chistes, ocurrencias y prontitudes de personas conocidas en Sevilla por aquel tiempo; una relación, en prosa y verso, del viaje realizado a Portugal por el mismo Porras en 1592, y las tres novelas de Cervantes, *La Tía Fingida*, *Rinconete y Cortadillo* y *El Celoso Extremeño* (105).

Ahora bien; la penetración del Sr. Asensio relacionó el objeto de este libro con aquellas palabras de *La Española Inglesa*, que dicen.... «Todas estas razones oyeron los circunstantes, y el Asistente, Vicario y Provisor del Arzobispo, y quisieron que luego se les dijese qué historia era aquella (la de Ricaredo).... Finalmente, la gente más principal, con el Asistente y aquellos *dos señores eclesiásticos*, volvieron a acompañar a Isabel a su casa....; lo mismo hicieron los dos señores eclesiásticos, y *rogaron a Isabela pusiera toda aquella historia por escrito para que la leyese su señor el Arzobispo*, y ella lo prometió.» De estas palabras dedujo el distinguido escritor, que en uno de los dos eclesiásticos aludió al licenciado Porras de la Cámara, y que realmente pudo existir el ruego a Cervantes para escribir dicha novela; deducción muy razonable si se tiene en cuenta, sobre todo, que *La Española Inglesa* está cuajada de recuerdos autobiográficos (106). Pero el que mayor partido sacó de estas alusiones, comentándolas en nuestros días, fué el Sr. Rodríguez Marín, el cual sostiene con firmeza que a la amistad de Porras de la Cámara con Cervantes, se debió, sin duda, que aquél, atento a procurar solaz a su prelado, pidiera a su autor los borradores de las tres novelas para trasladarlas a su *Compilación*, no sin revelarle el objeto que se proponía (107).

Mas, por triste que sea confesarlo, lo cierto es que no fué en la falange espiritual de los cultivadores de las Musas, aunque alguna relación tuvo con ellas, sino en el prosaico gremio de posaderos donde encontró Cervantes, durante su residencia en Sevilla, no diré el único, pero sí el más consecuente y eficaz de sus amigos. Tal fué el antiguo comediante y un tanto fastuoso cordobés, Tomás Gutiérrez, a quien acaso Cervantes conoció y trató, de niño, en Córdoba, y luego, ya de hombre, en Madrid, con ocasión de representar en varios «corrales» la *Numancia*, la *Batalla Naval* y algunas otras de sus producciones dramáticas. Este simpático personaje, del cual no tuvieron noticia ni Navarrete ni Pellicer, fué

ingerido en la biografía cervantina, ocupando desde el primer instante el puesto de honor que en justicia le corresponde; primero, por el Sr. Asensio, en un documento publicado en 1864; después, por el Sr. Rodríguez Marín, en uno de sus más preciados libros; y, por último, en fecha muy reciente, por el abogado y escritor sevillano D. Adolfo Rodríguez Jurado, en otro documento de la mayor importancia (108).

Tenía dicho personaje una posada, o mesón, en la calle de Bayona (hoy de Sánchez Bedoya), en el cual hospedó a Cervantes en sus primeros años de Comisario, amén de otros favores de índole pecuniaria que también le hizo, según se desprende del siguiente finiquito de cuentas otorgado en Sevilla a 26 de Junio de 1599. Llámase Cervantes «criado del Rey Nuestro Señor» y vecino de Esquivias, y «da por libre e quito a vos el dicho Tomas Gutierrez en razón de dos mil y ciento sesenta reales que Alonso de Lema vecino de esta ciudad se obligó a pagar por escritura que pasó ante Juan de Velasco la cual dicha escritura por cierto efecto se hizo a vuestro nombre y realmente a mi me era deudor el dicho Alonso de Lema.... y asi mismo de todos los dineros y otras cosas que me habeis sido deudor y yo os he dado en guarda.... y de las demás cuentas y contrataciones, darès y tomares que con vos he tenido hasta el dia de hoy.... e yo el dicho Tomas Gutierrez doy por libre e quito agora y para siempre jamas a vos el dicho Miguel de Cervantes de todos maravedis e otras cosas que me habeis sido deudor en todos los tiempos pasados hasta el dia de hoy por cédulas conocimientos, escrituras y otros recaudos y de prestamos e cuentas que con vos he tenido y de la posada que os he dado como de cualquiera otra cosa e contrataciones que con vos he tenido porque todo lo que asi me habeis sido deudor.... me lo habeis dado e pagado.»

Pero es de mayor interés el segundo documento, relativo a un pleito que sostuvo Tomás Gutiérrez, en 1592, con la Hermandad del Santísimo Sacramento, del Sagrario, por haberse negado a admitirle como cofrade, en razón de ser mesonero y de haber sido comediante; pleito curiosísimo y de gran valor histórico, no sólo por las noticias biográficas que contiene y por ser fuente de investigación sobre costumbres y usos de aquella época, sino porque en él consta la famosa declaración de Cervantes llamándose *natural de*

Córdoba, declaración tan comentada en los círculos literarios y que sirvió de tema al Sr. Rodríguez Jurado para su discurso de recepción en la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Del contexto de este documento se deduce la buena amistad de ambos personajes durante algunos años, al menos, porque justo es decir que, a partir de 1592, ya no aparece unido el nombre de Tomás Gutiérrez a ningún otro suceso, favorable o adverso, de los muchos que se registran en la vida del gran escritor durante su larga residencia en Sevilla.

Todo lo que a este pleito se refiere es interesantísimo, y con razón dijo, comentándolo, el arqueólogo hispalense Sr. Gestoso, que «es tal la emoción y el entusiasmo que despierta el cuadro de costumbres sevillanas que nos da a conocer, que difícilmente pueden encauzarse las ideas ajustándolas al estrecho molde de fría y razonada crítica, porque a ella se sobrepone el sentimiento, dominando, como señor absoluto, sobre la facultad de pensar y de sentir.» Es tan interesante, sobre todo, la defensa que hace de su causa el simpático cordobés, y tiene tal expresión, tal energía y tal fuerza de colorido la pintura de su posada y del trato que daba a sus huéspedes, que no resisto al deseo de estamparla en este sitio, en la seguridad de que han de agradecerlo los que no tengan la fortuna de poseer tan precioso documento:

«Es verdad—dice Tomás Gutiérrez—que fui representante cuando era mozo y sin hacienda y estaba ausente de mi patria y deudos, pero esto no es oficio mecánico sino antes de mucha habilidad y discreción y su origen de patriarcas, reyes y profetas y consules romanos y así no se le siguen ninguna infamia ni deshonra y fué tal mi habilidad que compuse de poesia algunas cosas que parecieron muy bien y dieron mucho gusto al rey nuestro Sr. y a los grandes y personas graves de estos reinos y agradó tanto lo que hice que fué necesario darle espiritu con mi propia persona y en esto se han ocupado muchos caballeros y personas nobles, estudiantes, sacerdotes y religiosos; de derecho, solamente tienen falta en sus personas los mimoses y estriones pero no los cómicos ni oradores y estos son los terminos que los dichos cofrades convierten por diferente orden. No es verdad que yo sea mesonero. Yo tengo una casa de las principales de cal de Bayona junto a las gradas de esta ciudad de que pago en cada año a D. Diego Me-

xias de las Ruelas trescientos ducados en la cual sirbo y recibo por huéspedes al Duque de Alba y Duque de Osuna, Marqués de Priego, Duque de Francavilla, Marqués de Villanueva, Duque de Segorbe, D. Luis de Haro, hijo de D. Diego de Haro, hermano del Marqués del Carpio, Marqués de la Javara, auditores de Roma y del Nuncio, auditor general de las galeras de España, jueces de la Mesta generales y maeses de campo, oidores, inquisidores jueces del Rey y otros grandes de España que por no haber en esta ciudad casa ni hospedaje para el efecto mas honrado ni acomodado, vienen a aposentarse a ella lo cual es cosa pública y notoria como asi lo es que tengo en mi casa esclavos y esclavas que la sirven, camas con muy buen trato de mi persona y en plata labrada y aderezos de mi casa tengo seis mil ducados empleados y este es trato muy honrado en Italia y en Francia y en Madrid y Valladolid con menos gastos que este lo hacen hombres muy principales y caballeros honrados y diferencia a de haber de mi a huéspedes que reciben arieros en su casa y le quitan las albardas a los jumentos y les lavan las mataduras....»

Bien quisiera continuar, porque todo lo que sigue es curioso, ameno e instructivo; pero basta con lo transcrito para poder apreciar el valor histórico de tan interesante documento. Por lo demás; ya puede imaginarse que no sería tan espléndido como el de los grandes de España, duques y marqueses, el trato que recibiría Cervantes en el mesón de Tomás Gutiérrez. Harto haría en favor suyo este buen amigo si, como es de presumir, amén de tres comidas sanas, limpias y abundantes cada día, le daba por módica suma de maravedís, pagada sabe Dios cuándo, una modesta habitación, donde no sólo ajustaría las cuentas del trigo y del aceite que acopiaba, sino que acaso escribió en ella, o borrajeó al menos, algunas de sus más preciadas novelas.



VI

Las "Novelas Ejemplares."—"Rinconete y Cortadillo," "El Celoso Extremeño" y "La Española Inglesa."—Los entremeses de Cervantes.—La primera parte del "Quijote."—Influencia de Sevilla en las obras cervantinas.



ORREGIDA y mejorada para su reimpresión, por Juan de la Cuesta, en 1608, la primera parte del *Quijote*, Cervantes, ya viejo, emprendió la tarea de pulir y retocar varias novelas cortas de las que había escrito en distintos períodos de su vida, las cuales, por considerarlas superiores a muchas extranjeras, traducidas en mala prosa castellana, pensó en darlas a la estampa. Fruto de esta labor fué la colección que, formando un solo tomo con el título de *Novelas Ejemplares de honestísimo entretenimiento*, entregó a la censura en 12 de Julio de 1612, en cuya fecha, el Dr. Gutiérrez de Cetina, vicario en Madrid del Arzobispo de Toledo, las pasó para su examen al padre presentado de la Orden Trinitaria, Juan Bautista Capataz, que las devolvió, con informe favorable, en 9 de Agosto siguiente. El mismo favorable informe emitió el P. Fr. Diego de Hortigosa, de la misma Orden, si bien es superior a todos en alabanza el que precede a la aprobación del Consejo de Castilla, firmado por el que luego fué afamado novelista, Gerónimo de Salas Barbadillo: «Confirma el dueño de esta obra—dice—la justa estimación que en España y fuera de ella se hace de su claro ingenio, singular en la invención

y copioso en el lenguaje, que con lo uno y lo otro enseña y admira, dejando de esta vez confundidos a los que, siendo émulos de la lengua castellana, la culpan de corta y de ninguna fertilidad.»

Comenzó la impresión a principios de 1613, y en Septiembre del mismo año salió el libro a la venta, aunque cambiado el título, pues suprimió lo de «honestísimo entretenimiento,» dejándolo reducido al de *Novelas Ejemplares*. Por cierto que he de hacer notar, dado que Cervantes nada escribía sin su por qué, que no se limitó a recomendarlas con tal título a las personas timoratas, sino que, ya para prevenirse contra los que pudieran dudar de la moralidad de sus asuntos por ser hermanas de *La Tía Fingida*, cuya copia corría manuscrita, o tal vez para contrarrestar los malignos rumores propalados con vengativa intención por su oculto enemigo el villano autor del falso *Quijote*, el cual las calificó, como es sabido, de «más satíricas que ejemplares,» ello es que estimó prudente consignar en el prólogo esta explícita declaración: «.... los requiebros amorosos que en algunas hallarás son tan honestos y tan medidos con la razón y el discurso cristiano, que no podrán mover a mal pensamiento al cuidadoso o descuidado que las leyere;» y luego añade: «una cosa me atreveré a decirte: que si por algún modo alcanzares que la lección de estas novelas pudiera inducir algún mal deseo o pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas al público....» ¿Y no pudo responder tan briosa protesta de honestidad, amén de los motivos ya indicados, al noble y natural deseo de sincerarse, no sólo ante el piadoso Conde de Lemos, a quien las dedicó, sino ante el virtuoso y caritativo D. Bernardo de Sandoval y Rojas, Arzobispo de Toledo, los dos mecenas suyos, de los cuales recibía una modestísima pensión?

Por unas o por otras razones, lo cierto es que el libro se despachó en el mercado como pan bendito, repitiéndose las ediciones, apenas publicado, en Madrid, Pamplona, Barcelona y Bruselas; bien que su autor, en lucha constante con los agobios de la pobreza, tuvo que repetir lo hecho con el *Quijote* y vendió el privilegio para la impresión en Septiembre del mismo año, a su amigo el librero Francisco de Robles, recibiendo por aquel tesoro literario la ínfima suma de mil seiscientos reales y veinticuatro ejemplares (109). De las doce novelas que comprende la colección, tres de ellas, cuando menos, fueron escritas en los años que Cervantes re=

sidió en Sevilla; tales son: *Rinconete y Cortadillo*, *El Celoso Extremeño* y *La Española Inglesa*. La especial atención y los elogios que la crítica moderna ha otorgado a las dos primeras, que son, después del *Coloquio de los Perros*, las más notables, constituyen una justa reparación al desdén con que han sido miradas durante mucho tiempo. Cualquiera de ellas, sin embargo, bastaría para colocar a su autor entre los más insignes novelistas. Entendiéndolo así el Sr. Rodríguez Marín, les puso comentario y notas en sendas ediciones críticas, mereciendo la de *Rinconete*, del Sr. Menéndez y Pelayo, las siguientes palabras: «El que quiera aprender prácticamente cómo se debe comentar a Cervantes, lea y medite la edición crítica que el Sr. Rodríguez Marín ha hecho de *Rinconete y Cortadillo*, aplique el mismo método a otra novela o a otro capítulo cualquiera del manco inmortal, y no será pequeño su triunfo si logra hacer algo semejante» (110).

Superó Cervantes, en esta novela, a cuantas del género picaresco se habían escrito hasta entonces, sin excluir *El Lazarillo* ni el *Guzmán de Alfarache*. El carácter de los dos ladronzuelos y el de todos los personajes están pintados de mano maestra, desarrollándose la acción con tanta naturalidad y sencillez dentro de los múltiples episodios que la enredan y la animan, que no decae ni un solo momento el interés de la fábula. Y no es menor su mérito por lo que al lenguaje se refiere, porque, a pesar de describir escenas del más crudo realismo, y con ser los interlocutores gente desalmada y de la más baja ralea, pinta, sin embargo, la naturaleza, sin faltar a la verdad, en forma tan comedida y con tal nobleza de elocución, que en ningún caso desciende a repugnantes desnudeces ni a groseras osadías.

Es el *Rinconete* una novela esencialmente sevillana. En Sevilla se desarrolla la acción, y de la hampa sevillana están sacados con admirable objetividad sus pintorescos y variados tipos. Pues ¿qué decir de los lugares y sitios públicos que a cada paso se citan, los cuales, si se suman con los del *Coloquio*, podría constituirse el típico plano de Sevilla en las dos últimas décadas del siglo XVI? Por la puerta de la Aduana entraron los dos héroes de la novela, Pedro Rincón y Diego Cortado, que, según Porras de la Cámara, existieron realmente en 1569; en el «malbaratillo» que se hacía fuera de la puerta del Arenal, vendieron en veinte reales las

dos camisas que le habían robado al descuidado francés; la Costanilla y la Plaza de San Salvador fueron los sitios que les indicó el «asturianillo» para ejercer por las mañanas el lucrativo oficio de la «esportilla;» en las Gradass fué donde Cortado alcanzó al pobre sacristán a quien había escamoteado poco antes la bolsilla de ámbarr y a quien allí mismo le robó el pañuelo; detrás de la Huerta del Rey, en unos olivares, fué donde Repolido desnudó a la Cariharta y la azotó de lo lindo; en la Alfalfa vivía el bodegonero a quien Maniferro había de dar doce palos de mayor cuantía, a escudo cada uno; desde la Torre del Oro, por fuera de la ciudad, hasta el Postigo del Alcázar, fué el distrito que asignó Monipodio a Rinconete y Cortadillo para que «trabajaran a sentadillas con las flores,» es decir, para que hicieran sus trampas y fullerías con la baraja; en la calle de Tintores vivía aquel judío que se disfrazaba de clérigo para engañar en el juego a los incautos.... Mas ¿a qué continuar?...

Las supresiones y enmiendas que hizo Cervantes en el texto definitivo de esta novela, sobre ser muy pocas, son de escaso o de ningún interés en este estudio; salvo aquella cláusula de los primeros renglones, donde dice: «como vamos de Castilla a Andalucía,» que en el manuscrito de Porras se lee: « viniendo de Castilla para Andalucía,» palabras que demuestran, sin dejar lugar a duda, que *Rinconete* se escribió en Sevilla después de 1598, puesto que está citada en la primera parte del *Quijote*. De la misma estirpe, aunque a muy distinto género, pertenece *El Celoso Extremeño*, profundo estudio de observación moral y psicológica de no interrumpida emoción artística, a las veces alegre y a las veces triste, cuya principal figura, la del viejo Carrizales, es tan verdadera y tan intensamente humana, que deja de ser un tipo local y de circunstancias para adquirir proporciones de creación universal y permanente. Es también Sevilla el teatro de su acción, siendo digno de notar que el carácter de Loaisa, el seductor de Leonora, es uno de los más curiosos ejemplares de la fauna picaresca; personaje, por cierto, que el Sr. Rodríguez Marín ha intentado demostrar que no es mera ficción novelesca, sino personificación real del poeta sevillano de trágico fin Alonso Álvarez de Soria.

Muy inferior al *Celoso* y a *Rinconete*, tanto por el estilo

como por el carácter idealista de sus personajes, es *La Española Inglesa*, cuya patética acción arranca, como todos saben, del famoso asalto y saqueo de Cádiz por los ingleses en 1596. Es, sin embargo, una de las más estimables de la colección, no sólo por su moral educativa, sino porque en ella recordó Cervantes algunos episodios de su propia vida, entre otros, el apresamiento por los turcos de la galera *Sol*, su cautiverio en Argel y su redención por los trinitarios, a quienes tributa, por su abnegación y altísimos sentimientos cristianos, muy merecidas alabanzas. Un conocido cervantista, en un reciente estudio basado en documentos inéditos, ha sostenido la tesis de que Juana de Cervantes Saavedra, priora del monasterio de Santa Paula de Sevilla en 1596, era parienta de nuestro autor, parentesco que explicaría satisfactoriamente la alusión que hace a ella en *La Española Inglesa*, así como a otra religiosa del mismo monasterio, prima de Isabela, «única y extremada en la voz,» personajes históricos que bien pudieran levantar el velo de la acción si, como todo hace presumir, descansa lo más fundamental en un suceso verdadero (111).

Con independencia de estas tres novelas, opinan algunos escritores, entre ellos Harzenbuch, que también escribió en Sevilla *El Cautivo* y *El Curioso Impertinente*, congetura tanto más fundada cuanto que el mismo Cervantes las califica de «sueltas y pegadizas,» calificativo del cual se deduce que las tenía escritas antes de «ingerirlas» en la primera parte del *Quijote*. La segunda, sobre todo, que excede en transcendencia y en interés humano al *Celoso Extremeño*, es muy verosímil que la escribiera a continuación de ésta, con el fin de que, leída la una y la otra, se pudiera sacar la deducción filosófica de que, a la mujer, tanto la excesiva opresión como la excesiva libertad pueden conducirla al olvido de sus deberes si se halla influida por el amor o por continuas y poderosas tentaciones. Por cierto que D. Pedro Estala, con imperdonable ligereza, como pronto demostró el bibliotecario D. Tomás Antonio Sánchez, supuso que *El Curioso Impertinente* no era original de Cervantes, sino un plagio sacado de la *Silva Curiosa* de Julián Medrano.... Y es que el pobre escritor, por ser desgraciado, ni aun después de muerto dejó de tener enemigos y detractores. En cuanto a *La Tía Pingida*, cuya paternidad cervantina la tendré por indudable mientras no se destruyan los vigorosos y contun=

dentes razonamientos de Gallardo (112), hay un dato en que apoyar la creencia de haber sido escrita en Sevilla, y es el hecho, bien significativo, de encontrarse incluída en el código de Porras de la Cámara.

Y no se crea que agotó Cervantes en estas novelas todos los recursos de su poderoso entendimiento, ni todo el caudal de su fina observación sobre la picaresca sevillana. En su comedia *El Rufián Dichoso*, mezcla de misticismo y de los más audaces ardides de la penchicarda, dibujó en el primer acto, con la misma viveza de expresión y pasmosa realidad, varios tipos de jaques, rufos e izas, que tenían por asiento de sus fechorías y licenciosas costumbres el Arenal, la Mancebía y el Patio de los Olmos. En el entremés *El Rufián Viudo*, cuya acción se desarrolla en Sevilla, se repiten los mismos personajes que en *Rinconete y Cortadillo*, con la cual tiene estrecha semejanza, según señaló en su estudio, *Los Rufianes de Cervantes*, el Sr. Hazañas y la Rua. Parecen, en efecto, hermanos gemelos Monipodio y Trampagos, el Repolido y Juan Claros, la Gananciosa y la Pispita, la Cariharta y la Mostrenca. En los detalles de algunas escenas hay también notable parecido. En casa de Monipodio había para sentarse un banco de tres pies y una estera de enea; en la de Trampagos constituían los asientos el mortero puerco, el broquel y el banco de la cama, y éste impedido por faltarle un pie; la capa de bayeta con que cubría su cuerpo Monipodio era muy parecida a la de Trampagos; un clavo estaba dispuesto a hincarse en la frente el Repolido, de *Rinconete*, por amor y en servicio de la Cariharta, y un clavo y una S, en señal de ser su esclava, estaba pronta a dejarse poner en las mejillas, la Repolida, del *Rufián Viudo*, por amor a Trampagos; los concurrentes al patio de Monipodio, como los de la casa de Trampagos, fueron sorprendidos por la justicia; y en una y otra casa había música, bien que en la de Monipodio era de chapines, escobas y tejoletas, y en la de Trampagos de guitarras.... Tal es, en suma, la verdad de estos cuadros, tanto en *El Rufián Viudo*, en la *Guarda Cuidadosa* y en la *Cárcel de Sevilla*, cuya paternidad se hallan contextes en atribuirla a Cervantes muy doctos y autorizados críticos, que no se concibe su pintura sin haberse codeado mucho tiempo con los discípulos de Monipodio. Corre, además, por todos ellos con tanta espontaneidad y abundancia el gustoso raudal de su vena cómica, y va salpicado el diá-

logo de tantas gracias y donaires, que, con justicia, están considerados los entremeses cervantinos como modelos insuperables de este género dramático.

Pero si el *Quijote* se engendró en la cárcel de Sevilla, ¿se escribió en esta ciudad toda la primera parte? Para contestar a esta pregunta falta averiguar con exactitud cuándo abandonó Cervantes, para no volverlas a ver, las risueñas márgenes del Bétis. Consta documentalmente que en Mayo de 1600 era vecino de Sevilla en la collación de San Nicolás; pero ¿dónde residió hasta Febrero de 1603, que lo encontramos en Valladolid? (113). Es lo más probable que continuara en la capital andaluza para responder a los cargos que pudieran hacerle los contadores por lo recaudado en el reino de Granada, conjetura tanto más verosímil si se tiene presente que las cuentas de aquella comisión no las rindió hasta el mes de Noviembre de 1608 (114). Hallándose, además, sin destino e imposibilitado de pretender ningún otro en la Corte mientras no resolviera el expediente de sus alcances el Tribunal de Contaduría, es lógico inferir que continuara en Sevilla, donde se había granjeado conocimientos y amistades que le daban ocasión y medios para dedicarse con mayor seguridad y provecho a negocios y agencias particulares.

Sea como fuere, lo que yo no puedo admitir, ni creo que nadie con fundamento lo sostenga, es que esa laguna de tres años se pueda llenar, como algunos pretenden, con una supuesta estancia de Cervantes en Esquivias. ¿No causa extrañeza que en tan largo período de tiempo no haya quedado huella de su paso, no sólo en aquel pueblo, pero en ningún otro de la Mancha? Los conocimientos geográficos de esta región, así como el de los modelos vivos del *Quijote*, no los adquirió el ilustre alcalaíno en este período de su vida, sino en el que precedió y siguió a su casamiento; es decir, desde principios de 1584, o quizás antes, hasta 1587, fecha de su traslado a Sevilla para ejercer el oficio de Comisario. Tiene en su abono esta conjetura una tradición conservada en Esquivias, que yo he oído a personas autorizadas, según la cual, las relaciones de Cervantes con D.^a Catalina provinieron, no por antiguo conocimiento de las respectivas familias, como algunos creen, sino de su frecuente paso por aquel pueblo para ir al inmediato de Borox, donde residían, en muy buena posición so-

cial, parientes suyos más o menos próximos. El único viaje comprobado al pueblo de su mujer después de 1587, fué el que realizó en busca de remedio a su ya quebrantadísima salud poco tiempo antes de morir, viaje que con tanta animación y gracia nos dejó descrito en el prólogo del *Persiles*.

Fuera de esto, D. Luís Fernández Guerra, en su libro sobre *Ruíz y Alarcón*, apuntó la noticia de que, en 1601, facilitó Cervantes en Sevilla el manuscrito de *El Ingenioso Hidalgo* al comediante y desenfadado escritor Agustín de Rojas Villandrando (115). Este dato, sin embargo, es poco seguro, porque no aduce el señor Guerra en apoyo de él ninguna prueba positiva, sino que se limita a recomendar que se lean con calma algunos lugares del *Viaje entretenido*, publicado en 1604. Aunque apoyó esta noticia D. Clemente Cortejón, en su folleto *La Coartada*, justo es decir que no ha logrado gran crédito entre los eruditos, lo cual se explica, porque, leído atentamente el curioso libro de Rojas, nada hay en él que demuestre, ni veladamente, la lectura previa del *Quijote*. Lo que sí tiene fundamento es la opinión del señor Asensio, con arreglo a la cual el famoso manuscrito lo leyó Cervantes al no menos famoso Lope de Vega, cuando éste, acompañado de Camila Lucinda y de sus hijos, residió, aunque con algunos intervalos, en la ciudad del Guadalquivir, desde 1601 a 1603 aproximadamente (116).

Nada hay, en efecto, que se oponga, hoy por hoy, a esta conjetura; antes bien, existen datos que, si no la confirman, la dan cuando menos solidez y fuerza. Por ella se explica, no sólo la enemistad de estos dos ingenios, fundada en la crítica que hizo Cervantes de las comedias de Lope en el capítulo XLVIII del *Quijote*, sino la célebre carta dirigida por este último, desde Toledo, a un amigo suyo, en 14 de Agosto de 1604, o sea antes de salir a luz *El Ingenioso Hidalgo*, en la cual le decía: «De poetas no digo buen año es este; muchos están en cierne para el año que viene; pero ninguno hay tan malo como Cervantes, ni tan necio que alabe a *Don Quijote*.... no más por no imitar a Garcilaso en aquella *figura correctionis*, cuando dijo:

«A sátira me voy mi paso a paso,»

cosa para mí más odiosa que mis librillos a Almendárez y mis co-

medias a Cervantes.» Da mayores visos de certeza a la opinión del Sr. Asensio, el hecho de haber encontrado, en un códice de la Biblioteca Colombina, la *Canción desesperada*, de Grisóstomo, escrita por Cervantes antes de empezar su famosa novela, canción que, con algunas correcciones y enmiendas, insertó después en el capítulo XIV de la primera parte del *Quijote*.

Al salir, pues, de Sevilla para Valladolid, donde ya residía la Corte, llevaba en borrador el más hermoso libro de la lengua castellana. Y no sólo corresponde este honor a la hermosa capital andaluza, sino que tanto o más honrosos son los recuerdos que de ella dejó en su libro inmortal, constituyendo uno de los más preclaros timbres de su ilustre historia. ¿Hay quien pida las pruebas? Helas aquí: al llegar Don Quijote a la venta después de su primera salida, halló en la puerta «dos mujeres mozas, de estas que llaman del partido, las cuales iban a *Sevilla* con unos arrie-ros.» En el capítulo siguiente dice el ventero, que él, en su mocedad, también había buscado aventuras en los «percheles de Málaga, islas de Riarán y *Compás, de Sevilla;*» el coche que encontró Don Quijote en el puerto Lápice, conducía a una señora vizcaína que iba a *Sevilla*, «donde estaba su marido.» Los caminantes que acompañaron a Don Quijote en el entierro del pastor Grisóstomo le rogaron «que se fuera con ellos a *Sevilla*, por ser lugar tan acomodado a hallar aventuras, que, en cada calle, tras cada esquina, se ofrecen más que en otro alguno;» a la pesada broma del manteamiento de Sancho en el corral de la venta, contribuyeron cuatro perailles de Segovia, tres agujeros del Potro, de Córdoba, y «dos vecinos de la Feria, de *Sevilla;*» al decirle Don Quijote al pobre Andrés, cruelmente azotado por su amo, «que le vengaría,» le contesta el muchacho: «no creo de esos juramentos, más quisiera tener agora con que llegar a *Sevilla* que todas las venganzas del mundo.» En la historia del *Cautivo*, uno de los tres hermanos tomó el camino de *Sevilla*. De un loco de *Sevilla* habla en el prólogo de la segunda parte; y de la casa de los locos, de la misma ciudad, hace mención en el capítulo siguiente. El guía que llevó a Don Quijote a la cueva de Montesinos tenía escrito un libro notable, porque en él «pintaba quién fué la Giralda de *Sevilla;*» de «Ramón de Hoces, el *sevillano,*» debía de ser, según Sancho, el puñal con que Montesinos había sacado el corazón de Durandarte

para la señora de Belerma; y, por último, cuando Altisidora, indignada por el recato de Don Quijote, le apostrofa, dice:

«Seas tenido por falso
Desde *Sevilla* a Marchena,
Desde Granada hasta Loja,
De Londres a Inglaterra.»

¿Se quieren pruebas más claras de la admiración, del cariño y del lugar preferente que ocupó en el pensamiento de Cervantes, mientras escribía el *Quijote*, la opulenta ciudad de la luz y de la gracia?

Ahora bien, ¿qué influencia pudo tener Sevilla en la labor literaria del Príncipe de los Ingenios españoles? La respuesta es muy sencilla. Las obras cervantinas que viven y seguirán viviendo mientras no se extinga en los hombres el sentimiento de lo bello, de lo verdadero y de lo bueno, el *Quijote*, en suma, y casi todas las novelas, no nacieron al calor de la fantasía, ni fueron imitaciones, más o menos felices, de trabajos preexistentes. Los materiales de aquellas obras, ¿quién no lo sabe?, no solamente los sacó Cervantes de la dura cantera de la realidad con la cual estuvo en contacto desde su niñez, sino que conoció y trató de cerca los modelos vivos de sus personajes; así pudo pintar aquellas figuras tan ricas, tan variadas y complejas, mucho más interesantes que las más inspiradas creaciones de la imaginación.

Cierto es que llevó a sus libros todo el inmenso caudal de observación y de experiencia que tenía acumulado, ora como estudiante, ora como camarero del Cardenal Aquaviva, ora como soldado en Italia, ora como cautivo en Argel; ¿pero dónde tuvo más ocasión y tiempo de conocer a la sociedad de aquella época, sus costumbres, sus preocupaciones y sus vicios, si no fué en su dilatada residencia en Andalucía, y particularmente en Sevilla? Allí fué, en efecto, donde, con la reflexión propia de su edad madura, conoció y estudió más honda y directamente el corazón humano, no sólo en la clase plebeya e ignorante, sino en la más distinguida y civilizada, pues no de otro modo hubiera retratado con la misma fidelidad y acierto a las unas y a las otras. Si Cervantes, después de su casamiento, en lugar de trasladarse a Sevilla sigue en Madrid sin más contacto con la realidad que el derivado de su afi-

ción a las letras, y sin respirar otro ambiente que el de las academias y tertulias literarias y el de los círculos de comediantes, hubiera escrito libros tan artificiales y de tan efímera vida como *La Galatea*, pero no hubiera escrito el *Quijote* ni ninguna de sus obras imperecederas.

Y no sólo se nota en estas obras la influencia de Sevilla por lo que respecta a la verdad de los caracteres, sino por la riqueza de su locución y por la belleza de su estilo. Ya Navarrete apuntó que, desde la prolongada permanencia de Cervantes en la capital andaluza, se advierte en su lenguaje mayor donaire, amenidad y viveza, «y en su estilo, un calor meridional y pintoresco en que tanto aventajan a sus primeras, sus últimas obras.» Y más expresivas, si caben, son las palabras de D. Julio Cejador al ocuparse de este asunto: «Papel y lápiz en mano—dice—debía de llevar Cervantes, al entrar por ventas y mesones, al terciar con gente de la hampa y de las gurapas. No hay autor que haya encerrado en un libro tamaño tesoro de modismos de aldea, refranes de viejas, dichos picarescos, términos de galeotes y rufianes y giros de rancio y vigoroso corte castellano....» (117). ¿Y dónde aprendió todo esto, sino en los años que residió en Sevilla ejerciendo el oficio de Comisario? Razón tuvo, pues, Menéndez y Pelayo, cuando dijo, refiriéndose a nuestro excelso escritor, que «Andalucía fué su verdadero campo de observación y la verdadera patria de su espíritu.»



NOTAS

- 1 *Nuevos Documentos Cervantinos*, recogidos y anotados por Francisco Rodríguez Marín.—Doc. núm. XXXIV.
- 2 Id. íd. íd. íd. íd. Doc. núm. XXX.
- 3 Id. íd. íd. íd. íd. Doc. núm. LVI.
- 4 *Cervantes en Córdoba*, por D. Norberto González Aurioles.—Doc. números XIII y XVIII.
- 5 *Cervantes estudió en Sevilla*.—Doc. núm. I.
- 6 *Documentos Cervantinos*.—Pérez Pastor.—Tomo I, doc. núm. I.
- 7 *Cervantes estudió en Sevilla*.—Doc. núm. II.
- 8 Id. íd. íd. —Doc. núm. III.
- 9 *Maese Rodrigo*, por D. Joaquín Hazañas y la Rua.—Cap. VIII.
- 10 *Bosquejo Histórico de la Novela Española*, por D. Eustaquio Fernández de Navarrete.—Pág. 63.
- 11 *Cervantes en Córdoba*. . .—Pág. 35.
- 12 *Cervantes y su época*, por D. Ramón León y Maínez.—Págs. 112 y 113.
- 13 *Curiosidades Cervantinas*, por D. Julián Apraiz.—Homenaje a Menéndez y Pelayo.—Tomo I, pág. 231.
- 14 *Efemérides Cervantinas*, por D. Emilio Cotarelo.—Pág. 25.
- 15 *Curiosidades Cervantinas*.—Pág. 231.
- 16 *Vida de Cervantes*.—Pruebas. Pág. 175.
- 17 *Historia de la insigne Ciudad de Segovia*, por Diego de Colmenares.—Cap. XLI.
- 18 *Cervantes estudió en Sevilla*.—Pág. 21.
- 19 *Cervantes y su Época*.—Pág. 127.
- 20 *Cervantes en Córdoba*.—Pág. 40.
- 21 Gallardo.—*Ensayo de una Biblioteca Española*.—Apéndice.—Pág. 1.251.

- 22 *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra*, por D. Martín Fernández de Navarrete.—Imprenta de la Viuda e Hijos de Gorchs.—Barcelona, 1834.—Pág. 329.
- 23 Pérez Pastor.—*Documentos Cervantinos*.—Tomo I, doc. XXVI; y II, docs. XXVII y XXVIII.
- 24 Pellicer.—*Vida de Cervantes*.—Pág. 205.
- 25 Rodríguez Marín.—*Nuevos Documentos*.—Doc. LXVIII.
- 26 Pérez Pastor.—*Documentos Cervantinos*.—Tomo II, docs. XXIX a XXXII.
- 27 Navarrete.—*Vida de Cervantes*.—Pág. 390.
- 28 Pérez Pastor.—Tomo II, doc. XXXIII.
- 29 Asensio y Toledo.—*Nuevos documentos para ilustrar la vida de Cervantes*.—Doc. I.
- 30 Rodríguez Marín.—*Nuevos Documentos*.—Doc. LXXXVII.
- 31 Pérez Pastor.—Tomo II, doc. XXXV.
- 32 Pérez Pastor.—Tomo II, doc. XLII.
- 33 Rodríguez Marín.—*Nuevos Documentos*.—Doc. XCV.
- 34 Id. íd. íd. íd. —Doc. CII.
- 35 Id. íd. íd. íd. —Doc. CIII.
- 36 Pérez Pastor.—Tomo II, doc. XLI.
- 37 Rodríguez Marín.—*Nuevos Documentos*.—Doc. CV.
- 38 Posee este autógrafo de Cervantes Mr. Feuillet de Couche, de París, y lo reprodujo D. José Miguel de Guardia en su traducción del *Viaje al Parnaso*.
- 39 Rodríguez Marín.—*Nuevos Documentos*.—Doc. CVII.
- 40 Pérez Pastor.—Tomo II, pág. 241.
- 41 Apraiz.—*Cervantes, Vascófilo*.—Pág. 148.
- 42 Id. íd. íd. —Pág. 149.
- 43 Pérez Pastor.—Tomo II, doc. LXVII.
- 44 Navarrete.—*Vida de Cervantes*.—Pág. 393.
- 45 Pérez Pastor.—Tomo II, doc. LX.
- 46 Rodríguez Marín.—*Nuevos Documentos*.—Doc. LXXIV.
- 47 Id. íd. —Doc. XXXIII.
- 48 Pérez Pastor.—Tomo II, docs. LI y LII.
- 49 Asensio y Toledo.—*Nuevos Documentos*.—Doc. VII.
- 50 Pérez Pastor.—Tomo II, doc. LXXII.
- 51 Navarrete.—*Vida de Cervantes*.—Pág. 188. (Corresponde esta nota a la página 45, primera línea del primer párrafo, relacionada con el padre Sepúlveda.)
- 52 *Cervantes y su Época*.—Pág. 263.
- 53 *Tratado nuevamente impreso de todas las enfermedades de los riñones.....*—Madrid, Francisco Díaz, 1588.—Fué reimpreso el soneto

- en el tomo III, pág. 227, de la *Historia Bibliográfica de la Medicina Española*, por Hernández Morejón, 1843.
- 54 La canción primera se intitula: *Canción nacida de las varias nuevas que han venido de la cathólica Armada que fué sobre Inglaterra*. De Miguel de Zervantes Saavedra.—La segunda tiene este epígrafe: *Del mismo: Canción segunda de la pérdida de la Armada que fué a Inglaterra*.—Las dos se publicaron en el tomo I, pág. 419, del *Homenaje a Menéndez Pelayo*.
- 55 Capítulo XLVIII.
- 56 *Historia de las Ideas Estéticas en España*.—Tomo III, pág. 404.
- 57 Asensio.—*Nuevos Documentos*.—Doc. núm. IX.
- 58 Pérez Pastor.—*Documentos Cervantinos*.—Tomo II, doc. LXIII.
- 59 Publicó el Sr. Rodríguez Marín esta escritura en *La Ilustración Española y Americana* de 8 de Mayo de 1913, y la reimprimió en su libro *Burla Burlando*, pág. 417.
- 60 *Los Rufianes de Cervantes*, por D. Joaquín Hazaña y la Rua, Catedrático de la Universidad de Sevilla. 1906.—Pág. 8.
- 61 *El Teatro de Cervantes*.—Madrid, 1915.—Págs. 33 y 62.
- 62 El 19 de Septiembre de 1592 se dictó contra Cervantes auto de prisión, en Castro del Río, condenándole a restituir 300 fanegas de trigo, que se supone vendió sin orden para ello, y al pago de 6.000 maravedís. Esta prisión debió ser injusta porque, habiendo apelado Cervantes ante el Consejo de Guerra, fué puesto en libertad. —(Morán.—*Vida de Cervantes*, págs. 207 y 336.)
- El 7 de Julio de 1593 fué comisionado Cervantes, por el proveedor Miguel de Oviedo, para sacar 30.000 fanegas de trigo en villas y lugares doce leguas en contorno de Sevilla.—(Pérez Pastor.—Tomo II, pág. 242.)
- El 19 de Agosto de 1593 le fué dada nueva comisión, por el proveedor Miguel de Oviedo, para sacar 16.000 fanegas de trigo en Llerena, Villagarcía y demás pueblos de su contorno.—(Morán.—*Vida de Cervantes*.—Pág. 337.)
- 63 Navarrete.—*Vida de Cervantes*.—Pág. 188.
- 64 *Bibliografía de la Catedral de Sevilla*, por el presbítero D. Manuel Serrano y Ortega.—Sevilla, 1901.—Pág. 124.
- 65 Íd. íd. íd. íd. íd. Pág. 125.
- 66 Filmaurice=Kelli.—*Literature Espagnole*.—Pág. 282.
- 67 Rodríguez Marín.—*Rinconete y Cortadillo*.—Pág. 87.
- 68 Ortiz de Zúñiga.—*Anales Eclesiásticos y Seculares de.... Sevilla*.—Edición de Espinosa y Cárcel.—Tomo IV, pág. 190.
- 69 Además de este soneto, escribió Cervantes para el túmulo unas

- quintillas, y otro soneto que, publicó el licenciado Francisco Jerónimo Collado en la *Descripción del Túmulo y Relación de las Exequias que hizo la Ciudad de Sevilla en la muerte del Rey D. Felipe Segundo*. También las ha publicado el Sr. Rodríguez Marín en *Rinconete y Cortadillo*, pág. 154.
- 70 En el prólogo que puso a la reimpresión del libro de Collado por los *Bibliófilos Andaluces*.
- 71 *Una Joyita de Cervantes*, por Francisco Rodríguez Marín. 1914.—Pág. 21.
- 72 Navarrete.—*Vida de Cervantes*.—Pág. 393.
- 73 Íd. íd. íd. Pág. 396.
- 74 Íd. íd. íd. Pág. 398.
- 75 Íd. íd. íd. Pág. 402.
- 76 Pérez Pastor.—Tomo II.—Doc. LXXV, y Navarrete, *Vida de Cervantes*, pág. 405.
- 77 Navarrete.—*Vida de Cervantes*, pág. 406.
- 78 Íd. íd. íd. pág. 406.
- 79 Íd. íd. íd. pág. 408.
- 80 Pérez Pastor.—Tomo II.—Doc. LXXV.
- 81 León y Mainez.—*Cervantes y su Época*.—Pág. 514.
- 82 *Diario exacio de la sublevación de alguna plebe en la parroquia de Omnium Sanctorum, vulgarmente llamada el barrio de la Feria, de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Sevilla, cometida en miércoles 22 de Mayo de 1652*.—Sevilla, 1841.—Pág. 66 y siguiente. El Sr. Muñoz Romero, en su *Diccionario Histórico Bibliográfico*, sospecha que este libro, de autor anónimo, se escribió valiéndose de un manuscrito de D. José Maldonado Dávila.
- 83 Pérez Pastor.—Tomo II.—Doc. LXIX.
- 84 Íd. íd. Tomo II.—Doc. LXX.
- 85 Íd. íd. Tomo II.—Doc. LXXI.
- 86 Íd. íd. Tomo II.—Doc. LXXII.
- 87 Asensio y Toledo publicó este documento en *El Ateneo*, Revista de Sevilla, 1.º de Diciembre de 1874.
- 88 Pérez Pastor.—Tomo I.—Docs. 36 y 37.
- 89 Navarrete.—*Vida de Cervantes*.—Pág. 408.
- 90 Gallardo.—*Ensayo para una Biblioteca Española*.—Tomo I.—Apéndice.
- 91 Revista *La América*, año de 1867, núm. 14.
- 92 *Historia de Sevilla*.... compuesta y ordenada por Alonso Morgado.—Sevilla, 1587, pág. 63.
- 93 González Aurioles.—*Monjas Sevillanas*....—Pág. 20 y siguientes.
- 94 Ortiz de Zúñiga.—*Anales de Sevilla*.—Edición de Espinosa y Carcer.—Tomo II, pág. 358.—En 1563 tratóse de ampliar la Cárcel

Real en la calle de las Sierpes, “cuyo efecto—dice Zúñiga—costó debate con la Santa Iglesia, que llegó a *Cesasio divinis*, que duró desde por la mañana hasta las cuatro de la tarde, miércoles 27 de Octubre, por haber el Sr. de Casarubios, Asistente, ocupado sin llegar al efecto del concierto que se trataba, ciertas casas de la Iglesia que eran menester para el atrio y portada en el que al fin se tomó amigable composición.”

La reedificación se terminó en 1569, siendo Asistente de la ciudad D. Francisco Hurtado de Mendoza, Conde de Montea-
gudo.—Zúñiga.—Tomo IV, págs. 20 a 47.

- 95 Velázquez y Sánchez.—*Anales de Sevilla de 1800 a 1850*.—Pág. 471.
- 96 *Antigüedades y Principado de la Ilustrísima Ciudad de Sevilla....*—
Sevilla, 1634.—Pág. 61, vuelta.
- 97 *Claros Varones de Sevilla....*—Manuscrito de la Colombina.—Ar-
tículo de “Fernando de Herrera.”
- 98 Navarrete.—*Vida de Cervantes*.—Pág. 184.
- 99 Asensio.—*Nuevos Documentos*.—Pág. 67 y siguientes.
- 100 Discurso de contestación al del Sr. Asensio en su recepción en
la Academia Española.
- 101 Zúñiga.—*Anales de Sevilla*.—Tomo IV, pág. 177.
- 102 *Revista de Archivos y Bibliotecas*, año 1900.
- 103 *Plaza Universal de todas las Ciencias y Artes*.—Discurso XIV,
pág. 63.
- 104 Los que quieran conocer este asunto en todos sus detalles de-
ben leer el trabajo del Académico de la Historia, D. Julio Pu-
yol, intitulado *El supuesto retrato de Cervantes*, publicado en
el tomo I, núm. 2, de la *Revista Critica Hispano-Americana*,
publicada por A. Bonilla y San Martín.
- 105 Apraiz.—*Curiosidades Cervantinas*.—Pág. 246.
- 106 Asensio.—*Nuevos Documentos*.—Pág. 59.
- 107 *Rinconete y Cortadillo*.—Edición crítica, pág. 180.
- 108 Asensio.—*Nuevos Documentos*.—Doc. III.—Rodríguez Marín: *Rinco-
nete y Cortadillo*, edición crítica.—Rodríguez Jurado (D. Adolfo),
discurso de recepción en la Real Academia Sevillana de Bue-
nas Letras, 1914.
- 109 Pérez Pastor.—Tomo I.—Doc. núm. XIII.
- 110 Contestación al discurso de D. Francisco Rodríguez Marín en su
recepción en la Academia Española.
- 111 González Auriol.—*Monjas Sevillanas....*—Pág. 14.
- 112 *El Criticón*.—1.º número.
- 113 D.^a Andrea de Cervantes se hallaba en Valladolid en 8 de Fe-

brero de 1603, según lo acredita un recibo suyo de 788 reales al Marqués de Villafranca por la costura de veinticuatro camisas. Hay también la cuenta de estos trabajos y nota de la tela empleada en ellos. Uno de estos documentos está escrito por Cervantes, lo cual permite suponer razonablemente que en aquella fecha vivía con su familia en la ciudad del Pisuerga.— Navarrete: *Vida de Cervantes*.—Pág. 185.

- 114 Íd. íd. Pág. 408.
115 *Juan Ruiz de Alarcón*, por D. Luís Fernández Guerra.—Pág. 44.
116 *Lope de Vega y Camila Lucinda*, por Francisco Rodríguez Marín.—
 1914.—Pág. 20.
117 *La Lengua de Cervantes*.—Introducción.

LS.
C419
YgoG.

146573

Cervantes Saavedra, Miguel de

Author González Auriolas, Norberto

Title Cervantes y Sevilla.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

